EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

INTRIGA Y AMOR,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1872.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

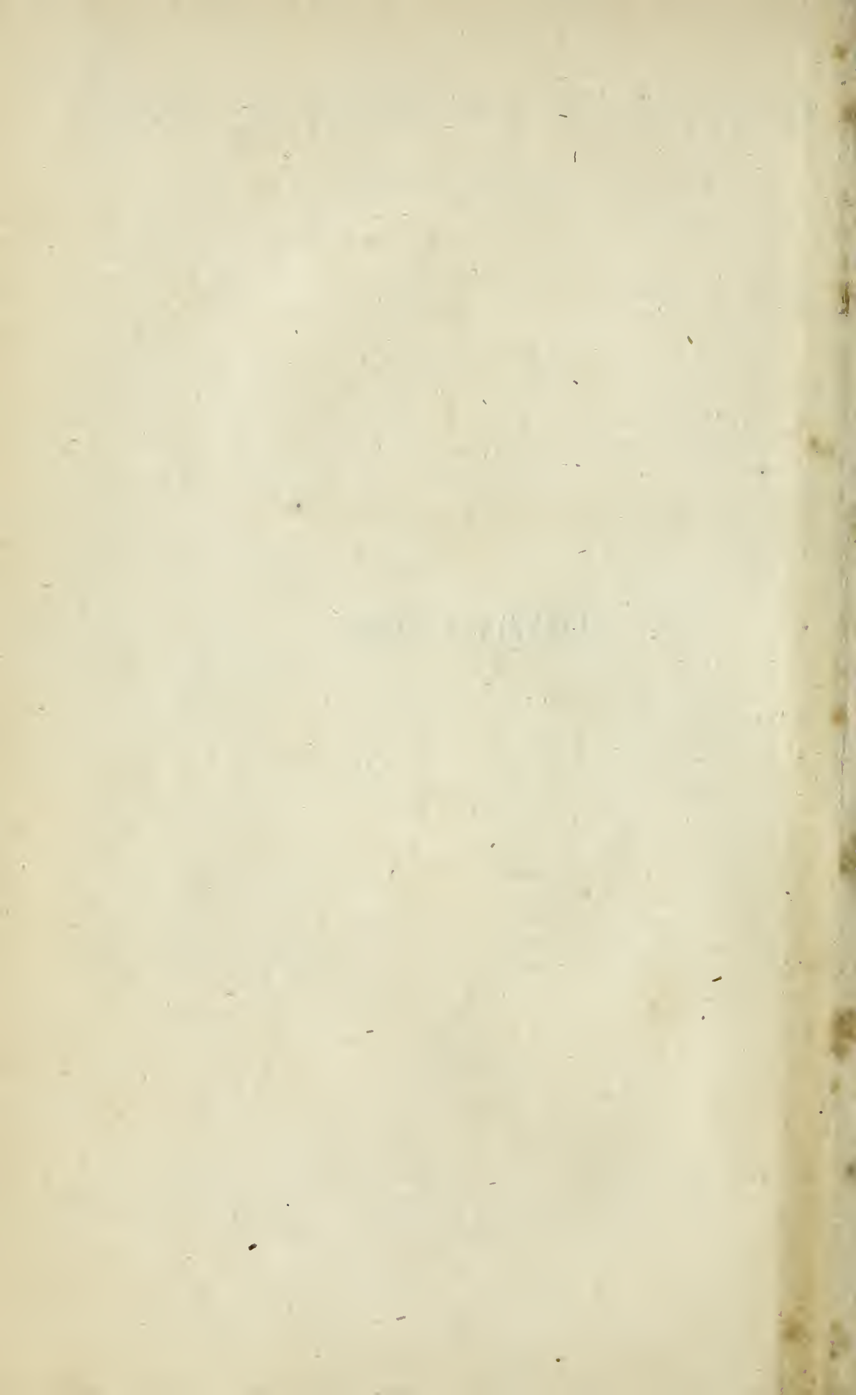
EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
Á tal amo tal criado........	1	Todo.
Al que se hace de miel........	1	Id.
D. Ramon de la Cruz........	1	Id.
El amor y la astucia........	1	Id.
El barómetro...............	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo...	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones........	1	Id.
La petaca.................	1	Id.
La verdadera nobleza........	1	Id.
La astucia de un andaluz...	1	Id.
Nubes....................	1	Id.
Pobres y ricos............	1	Id.
Receta para casarse........	1	Id.
Un hombre comprometido...	1	Id.
Un momento de locura.....	1	Id.
Una perra y un gato........	1	Id.
Amor, honor y poder.......	3	Id.
El testamento de Acuña....	3	Id.
La astucia de un asistente..	3	Id.
La mosca blanca...........	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía..................	3	Id.
Los dulces de la boda......	3	Id.
Los niños grandes..........	3	Id.
Odio y amor..............	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)..........	1	L. y m.
Cuatro demonios y un cabo..	1	Id.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. corres
Chamusquina ó la Hija del petróleo................	1	Lib
¡¡¡Palomo!!!...............	1	L. y
Tamberlik, Mario y Latorre..	1	Id.
Un sevillano en la Habana..	1	Id.
=Tocar el violon...........	1	Lib
El marino.................	2	L. y
=¡El Teatro en 1876!!.......	2	Lib
Los dragones...............	2	L. y
Justos por pecadores........	3	Id.
Un lio entre dos castaños...		Toc
La feria de las mujeres,.....	3	Id.
La escala de la ambicion....	3	Id.
El Caballero de Gracia.......	3	Id.
=Perla. (Zarzuela.)...........	1	Lib
La peluca de mi mujer......	1	Toc
La fuerza de la conciencia...	3	Id.
Un empréstito forzoso......	1	Id.
Agustina la cantinera......	1	Id.
La Vírgen del Amparo.....	1	Id.
Tres al saco..............	1	Id.
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L. y
Amor y caridad............	1	Toc
Amor paternal.............	3	Id.
La tarde de Noche-buena....	3	Id.
La caja de Pandora.........	3	Id.
Los zapatos de baile........	1	Id.
Intriga y amor............	4	Id.

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un c
tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisiona
se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

INTRIGA Y AMOR.



INTRIGA Y AMOR,

DRAMA ORIGINAL DE SCHILLER, Friedrich, 1759-1805,

Y ARREGLADO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

POR

DON ANTONIO HURTADO.

Representado por primera vez en el Teatro Español el dia 20 de Diciemhre de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA....................	SRTA. BOLDUN.
LADY MILFORD..........	SRA. HIJOSA.
SEÑORA MILLER........	SRA. VALVERDE.
SOFÍA....................	SRTA. TENORIO.
FERNANDO, Baron de Walter....................	SR. CALVO.
EL CONDE DE WALTER.	MORALES.
MILLER..................	ALISEDO.
WURM, secretario del Conde....................	OSSORIO.
EL MARISCAL DE KALB.	MARIO.
UN UJIER..............	»
UN LACAYO............	»
GUARDIAS..............	»

Á LOS SEÑORES

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA,

DISTINGUIDOS AUTORES

DE LA

BELTRANEJA.

En testimonio de cariñosa amistad,

A. Hurtado.

ACTO PRIMERO.

Habitacion en casa de Miller. Puertas á derecha é izquierda, y al fondo otra secreta: un balcon á la calle: piano, un violin encima y papeles de música: mesa con recado de escribir, y varios objetos de labor femenina diseminados por la habitacion.

ESCENA PRIMERA.

MILLER, y su SEÑORA, haciendo labor.

MILLER. (Paseando.)
Mil veces te lo repito,
la cosa empieza á ser séria;
ya la vecindad murmura
y sus visitas se cuentan.
El baron es rico y jóven,
la niña, aunque pobre, es bella,
el prójimo es malicioso
y la calumnia algo deja.
Á más, si esos comentarios
hasta el presidente llegan,
¿quién sabe lo que es posible
que aventuren sus sospechas?
Créeme, vale más decirle
de una vez, que aquí no vuelva,
que dar pábulo á los cuentos
que el vicio y la envidia engendran.

SRA. Tú no has traido á tu casa
á ese jóven por la fuerza.

MILLER. No en verdad, por el contrario,
él es quien se ha entrado en ella.

SRA. Entónces ¿por qué te asustas?
por qué temes? qué te inquieta?

MILLER. Que qué temo! Es que ese jóven,
en vez de estudiar las teclas,
se ha dado á amar á tu hija
y ella por él está ciega.
Cierto que yo tengo culpa
de que estas cosas sucedan,
pues si al descubrir el juego
cuando este amor juego era,
hubiera corrido al punto
á dar parte á su excelencia,
su padre le hubiera echado
una fuerte reprimenda;
yo hubiera puesto á la chica
en una pension austera,
y todo hubiera acabado
en dos semanas y media.
Mientras que ahora... ¡quién sabe!
Tanto ese amor me amedrenta,
que es para mí densa nube
que avanza de rayos llena.
Y qué diablos! Si esos rayos
sobre el palacio cayeran
del primer ministro, pase!
pero ya verás! Si arrecia
la tempestad, esos rayos
caerán en nuestra vivienda,
que siempre el último mono
es el mono que se anega!

SRA. Jesús, hombre! ¿Y á qué viene
recelar de esa manera?
¿Qué es lo que podrá ocurrirte,
vamos á ver? ¿No te empleas
en dar lecciones de clave
al que aprenderlo desea?
Si él ha venido á buscarte
para aprender lo que enseñas,

¿hubieras debido acaso
cerrar al baron la puerta
por ser hijo del magnate
que hoy la Alemania maneja?
Y á más un jóven bizarro,
rico y galan? Bueno fuera!
Eh! quita allá! Te acometen
á veces unas rarezas!...

MILLER. Sí, rarezas.

SRA. Tonterías.

MILLER. (Con seriedad.)
Muchas, muchas. No seas necia.
Crees tú que un noble tan noble
llevará á tu hija á la iglesia?

SRA. Vaya! ¿y si yo te dijese
que esa ha sido su promesa?

MILLER. Promesa, á quién?

SRA. Á Luisa!

MILLER. Á Luisa! Esta es más negra!
¿El noble baron de Walter
casarse así con cualquiera?
Estás loca!

SRA. Es que Luisa...

MILLER. (Airado.)
Silencio: tus labios sella.
¿Sabes lo que habrá exigido
de ese ofrecimiento á cuenta?
Cuidado, mujer, cuidado.
Las madres sois en la tierra
responsables para el cielo
de la virginal pureza
de vuestras hijas! Un dia
puedes quizá sorprenderla
llenos los ojos de llanto,
tinta la faz de vergüenza.
Si la preguntas la causa
de tal rubor y tal pena,
podrá decirte, inclinando
sobre el pecho la cabeza,
que otra nueva Margarita
llora su amor y su mengua.

SRA. Jesús! El cielo nos libre

de desdicha tan inmensa!

MILLER. Sí; pero hagamos nosotros
por impedir que suceda.

SRA. Cómo?

MILLER. Yo diré á ese jóven
la primera vez que venga,
que el honrado carpintero
que me construyó esas puertas,
las hizo, segun mi gusto,
de tal modo, que estuvieran
al vicio siempre cerradas,
á la virtud siempre abiertas.

SRA. Bien, no me opongo; mas ántes
lo que has de hacer considera.
Puede tomar ese jóven
tus palabras por ofensa,
y retirar de esta casa
las ventajas que te deja.

MILLER. ¡Lleve el diablo esas ventajas
si viene el dolor tras ellas!
Mira, mujer, te lo juro
por mi salvacion eterna:
más preferiria mil veces
mendigar por las aldeas
con ese violin amigo,
consolador de mis penas,
que acrecentar mi fortuna,
¿qué acrecentar? defenderla
contra el mayor desamparo,
contra la mayor miseria,
si he de lograr mi sosiego
á costa de mi conciencia.
Mira, no hablemos más de esto,
si es que no quieres que crea
que durante veinte años,
teniéndote siempre cerca,
he vivido equivocado
juzgándote honrada y buena.

SRA. Bien, no te enojes; mas oye,
oye, Miller. ¡Si leyeras
las cartas apasionadas
del baron á Luisa!...

MILLER. Cesa!
SRA. Amor más puro...
MILLER. Pues claro,
así todo amor empieza:
más tarde concluyen muchos
con un ser más en la tierra.
Y gracias, si ántes la madre
no se muere de vergüenza,
ó si la vergüenza misma
no mata al ser que la engendra.
SRA. Es que estás hoy tan agreste...
MILLER. Por qué te forjas quimeras
de tal suerte? ¿Acaso ignoras
que yo tengo otras ideas
sobre Luisa? No sabes
que Wurm ser su esposo anhela,
y que le he dado palabra
en su nombre?
SRA. Harto me pesa
de esa palabra empeñada
con sobrada ligereza.
Un hombre oscuro...
MILLER. Que es rico.
SRA. Dios sabe de qué manera.
MILLER. Amigo del presidente...
SRA. Sobre esa amistad estrecha
se cuentan cosas horribles,
y á más de horribles, sangrientas.
MILLER. Patrañas.
SRA. Serán patrañas;
pero cuando el rio suena...
El anterior presidente
¿de qué murió?
MILLER. (Con recelo.) Chis! prudencia!
Es arriesgado en extremo
hablar de cosas como esas.
SRA. Lo serán; pero yo...
MILLER. (Mirando á la puerta.) Calla!
(Con enojo á su mujer.)
Ves, mujer? Mira quién llega.

ESCENA II.

DICHOS y WURM.

SRA. (Jesús! Wurm!)
WURM. Que el cielo os guarde.
MILLER. Oh! Señor Wurm, bien venido!
Cáspita! andais muy perdido;
se os ve muy de tarde en tarde.
Nos vedais tanto el placer
de veros, que es maravilla
que hoy... acerca una silla; (Á su mujer.)
pronto, una silla, mujer.
SRA. (Como en otra no se siente...)
WURM. Qué quereis? si soy esquivo,
es porque tengo motivo
y os lo diré francamente.
MILLER. Hablad, hablad en conciencia.
WURM. Como sé cuanto aquí pasa,
presumo que en esta casa
estorba ya mi presencia.
MILLER. Eh? (Receloso.)
WURM. La cosa es natural!
¿Cómo quereis que compita
(Sonriendo con ironía.)
con el jóven que os visita;
cuando yo no soy su igual?
SRA. Ya sé por quién lo decís.
WURM. ¡No es difícil!
MILLER. Ya! Sí; pero...
WURM. Quién soy yo ante el caballero
más notable del país?
SRA. Señor Wurm, teneis razon,
que el Baron viene os confieso;
¿más qué tiene que ver eso
para tal reconvencion?
Él nos honra y favorece,
le queremos y nos paga;
más ni esto nos embriaga,
ni ménos nos desvanece.
Él es él, y vos sois vos;
á ambos os damos por buenos,

si vos os teneis en ménos,
dad vuestras quejas á Dios.

WURM. (Sonriendo forzosamente.)
El consejo es muy certero
por más que un tanto me humilla.

MILLER. Vamos, acerca una silla. (Con enojo.)
(Á Wurm.) Dadme el baston y el sombrero.

WURM. Gracias, Miller. ¿Y Luisa?
¿no puedo verla un momento?

MILLER. Oh! sí...

SRA. No. (Vivamente.)

WURM. Mucho lo siento.
(Mirando friamente á Miller.)

SRA. Vendrá tarde: salió á misa.

WURM. Mucho me agrada saber
que es tan buena y tan cristiana,
la mujer á quien mañana
he de llamar mi mujer.

SRA. (Vivamente.)
En eso hay mucho que hablar.

WURM. Hablar conmigo? (Mirándola atentamente.)

SRA. En efecto.

WURM. Eh? (Dirigiéndose receloso á uno y á otro.)

SRA. Toda boda en proyecto
se puede desbaratar.

MILLER. Mujer! (Con disgusto.)

WURM. Dejadla seguir,
que el oirla me recrea.
Conque hablad; con esa idea,
¿qué habeis querido decir?

SRA. Ello es muy claro, señor;
un refran de ciencia lleno,
dice: «si lo bueno es bueno,
lo mejor es lo mejor.»

WURM. Ah, ya! (Desconcertado.)

MILLER. ¿Mujer, callarás?

SRA. No; se trata de mi hija,
y es muy justo que ella elija
aquello que valga más.
Una madre previsora,
¿qué es lo que debe querer?
¿No la puede Dios hacer

acaso una gran señora?

WURM. Eso es cortar de raíz
mi aspiracion, segun creo.

SRA. No sé: lo que yo deseo
es hacerla muy feliz.

WURM. Y acaso temeis que yo
no haga su ventura?

SRA. ¡Acaso!

MILLER. Eh! qué diablos! (Con enojo.)
(Á Wurm.) No hagais caso!
yo sé que sí.

SRA. Pues yo no.

MILLER. Qué lengua de Lucifer
y qué hablar más importuno.
Las *diez* son, y el desayuno
pienso que está por hacer.

WURM. Dispensadla.

MILLER. Es que está hoy
como picada de un bicho.
Vete.

SRA. Bien. (Á Wurm.) Lo dicho, dicho.

MILLER. Eh! (Con enojo.)

SRA. Ya me voy, ya me voy. (Váse.)

ESCENA III.

MILLER, WURM, resentido.

WURM. Señor Miller, no creia
tener tal recibimiento.

MILLER. Señor Wurm, yo os aseguro
que me avergüenza en extremo
lo ocurrido. Las mujeres
tienen el diablo en el cuerpo,
y á lo mejor...

WURM. (Interrumpiéndole.) Hasta ahora
os he tenido en concepto
de hombre formal; yo creia
cuando aceptasteis mi empeño,
que tener vuestra palabra
era tener más que el sello
del duque en una escritura

ó en otro igual documento.
Porque en verdad, si no valgo
lo que vale el Baron, creo
que no soy un hombre indigno
que merezca este desprecio.
Tengo un empleo en palacio
honroso y de valimiento:
el presidente me otorga
su proteccion y su afecto,
y á querer subir muy alto,
muy alto elevára el vuelo.
Siento que os hayais dejado
arrastrar, á lo que veo,
por ofrecimientos vanos,
cuya intencion sabe el cielo.

MILLER. Os engañais, señor mio,
que yo sé lo que me debo;
y ni oropeles me ofuscan,
ni el fausto me sorbe el seso.
La prueba de cuanto os digo
está en que os digo de nuevo
las palabras que hace un año
pronuncié al hablaros de esto.
¿Qué os dije entónces? «Luisa
»es quien debe responderos;
»procurad vos agradarla,
»que á ser así, yo os prometo,
»que por muy bajo que diga
»padre mio, yo lo acepto,»
llegarán á mis oidos
de esas palabras los ecos.
No os acordais? ¡Es extraño!
Moveis la cabeza? Bueno:
¿qué quereis que os diga ahora?
¡Sea lo que quiera el cielo!
Si ella no os ama, paciencia,
que eso no tendrá remedio;
pues ni torceré sus gustos
ni violaré sus afectos.
Bebeis conmigo ese dia
una copa de lo añejo,
y seguireis tan mi amigo

como si fuerais mi yerno.
Puedo hacer más?

WURM. Sin embargo,
mucho podreis en mi obsequio,
que en el alma de una hija
que os tiene tanto respeto,
mucho los ruegos influyen,
mucho alcanzan los consejos.
Vos, me conoceis.

MILLER. Qué diablos!
¿qué hago yo con conoceros?
Á mis años y á sus años
andan los gustos revueltos.
Preguntadme qué partido
de vos quizás sacar puedo
en una orquesta, y sin duda
que os lo diré en el momento.
Pero, señor Wurm, el alma
de una mujer no tan presto
se compagina y arregla
como una orquesta. Yo ofrezco
sosteneros mi palabra
en tanto alcanzais su aprecío.
Pero empujarla, obligarla
contra todos sus deseos
á ser vuestra; dar motivo
á que el diablo, que es muy terco,
venga á decirme al oido
constantemente, «perverso,
»tú has perdido á tu Luisa,
»la has hecho infeliz.»—Oh, eso,
lo que es eso, es imposible;
ni debo hacerlo, ni quiero.

WURM. Está bien: Miller, mil gracias;
vuestra franqueza agradezco.
(Recoge el sombrero y el baston.)

MILLER. Qué! ¿ya os vais?

WURM. (En ademan resentido.) Sí; Dios os guarde.

MILLER. Como gusteis! No os detengo.

WURM. Adios.

MILLER. ¿Volvereis? (Siguiéndole.)

WURM. (Con sonrisa irónica.) Quién sabe!

Acaso sí. Ya veremos. (Váse.)

ESCENA IV.

MILLER solo, despues de verle salir.

Allá veremos ha dicho:
¡y lo ha dicho con un gesto!
La verdad es que ese hombre
tiene un no sé qué! Comprendo
que por él sienta Luisa
la repulsion que yo siento.
Hay criaturas tan extrañas,
que á veces presumo y pienso
que las arroja á esta vida
de contrabando el infierno.
¡Y esta es una de ellas! Tiene
siempre un mirar tan incierto,
una sonrisa tan fria
y un tono tal, que da miedo.
Suya Luisa! Imposible! (Sériamente.)
Si ella no podrá quererlo!
¿Y obligarla yo? qué diablos!
Lo dicho dicho... no quiero.

ESCENA V.

LUISA y MILLER.

MILLER. Ah! mi Luisa!
LUISA. Aquí vos!
MILLER. Yo, que de verte me engrío.
¿De dónde vienes, bien mio?
LUISA. De rezar por él á Dios!
MILLER. (Con pudorosa pasion.)
¿Por Fernando?
LUISA. Ay padre, sí,
por él, por el mundo entero;
pues tanto y tanto le quiero,
que este amor no cabe en mí.
Que es tal la dulce piedad
que me infunde su cariño,

que con él abarco y ciño
á toda la humanidad.

MILLER. Luisa, amor de tal jaez
no es amor, que es desvarío. (Con pena.)

LUISA. Lo niego yo, padre mio?

MILLER. Eso es locura.

LUISA. Tal vez.
Locura ó debilidad,
no es infame hipocresía,
que amor que se ostenta al dia
respeto exige.

MILLER. (Inclinando la frente.) Es verdad.

LUISA. Ántes que este amor cruel
su esclava me hiciera así,
Dios sólo alentaba en mí,
ahora alienta Dios y él.
Y en mis constantes desvelos,
cuando cerca no le miro,
inquieta de amor suspiro
y al cabo lloro de celos.
Que una voz incitadora,
que dentro del pecho siento,
me grita á cada momento:
«¿Qué hará? dónde estará ahora?»

MILLER. Hija mia!

LUISA. Esto es morir!
Lamento la suerte mia!
Por qué yo no naceria
donde acostumbra á vivir?

MILLER. Luisa... (Ofendido.)

LUISA. Ah! sí; teneis razon;
perdonadme, padre mio;
es despecho, no desvío,
semejante exclamacion.

MILLER. ¡Ay, mi bien, cuán loca estás!
qué diera yo, por mi nombre,
porque jamás ese hombre
te hubiera visto.

LUISA. Jamás?
Qué estais diciendo, señor?
Pues no sabeis que en la tierra
todo ser que vive, encierra

un designio del Criador?
¿Cómo no mirais aquí
su juicio eterno y profundo?
Si Fernando nació al mundo,
es que nació para mí.
Que en su infinita bondad,
Dios con santo amor convida
á los que unidos en vida
unirá la eternidad.
¡Ay, padre, cuando le ví
me estremecí de alborozo!
nunca tal pena y tal gozo
á un mismo tiempo sentí.
Deleite, amor, parasismo,
todo hubo en mí: parecia
que mi existencia salia
á otra luz desde el abismo.
Movida á un nuevo interés
corrió mi sangre indecisa;
sopló la brisa, y la brisa
me dijo al pasar: ¡Él es!
Y el aire, el sol, el ruido,
la flor, el ave y la rama,
todos me dijeron: «*Ama,*
ama, que ese es tu elegido.»
Ah! sí; desde aquel momento
despertó mi alma dormida,
y hallé en mi vida más vida,
en mi aliento más aliento,
y al comprendernos los dos,
jamás admiré en mi anhelo
más ancho y hermoso el cielo,
más grande el poder de Dios.

MILLÉR. ¡Destino fiero y tirano
que trueca en dolor mi gozo!
No quiera Dios que ese mozo
venga á pedirme tu mano.

LUISA. La negareis?

MILLER. Puede ser.

LUISA. Imposible! (Sonrriendo.)

MILLER. Estoy perplejo.
(Abismado de dolor.)

Á quién pediré un consejo
que me inspire lo que hacer?

LUISA. Á Dios.

MILLER. (Con vaguedad.) ¿Á Dios?

LUISA. (Con dulzura.) No os asombre.
Correis de un fantasma en pos:
contra el designio de Dios,
¿qué vale el poder del hombre?
(Miller sale abstraido lentamente.)

ESCENA VI.

LUISA, continuando su pensamiento.

Despues de todo, ¿qué importa
no hacer aquí su ventura?
No existe acaso otro mundo
mejor detrás de la tumba?
El tiempo es leve rocío
que en la yerba se columpia;
cae, se desvanece, pasa,
y al fin la tierra lo oculta.
Vendrá un dia... pronto acaso,
en que á la luz vaga y turbia
de la eternidad, los ricos
con los pobres se confundan.
Allí no valdrán honores,
allí no valdrán fortunas;
que la humanidad entera
estará ante Dios desnuda,
ostentando temblorosa
sus virtudes ó sus culpas.
Yo seré rica ese dia,
muy rica, más que ninguna;
que irán orladas de flores
mis sienes y mi cintura
lo mismo que las de aquellas
que aquí no pecaron nunca.
Dios pesará en su balanza
mis lágrimas una á una,
y me hará tan poderosa,
por ser mis lágrimas muchas,

que inútilmente Fernando
buscará entre aquella turba
mujer que tenga más precio
que la que allí será suya.

ESCENA VII.

LUISA y FERNANDO.

FERN. Luisa!
LUISA. Jesús!
(Dando un grito de gozo.)
FERN. Prenda amada!
LUISA. Gracias al cielo que vienes!
FERN. Qué pálida estás! ¿Qué tienes?
¿Qué tienes?
LUISA. (Con apasionada alegría.)
Nada ya, nada.
FERN. ¿Por qué estás triste?
LUISA. Ay! de mí!
(Procurando sacudir su tristeza.)
¡Triste yo y te estoy mirando!
Es que pensaba, Fernando,
en Dios, en el cielo, en tí!
FERN. Me ocultas tu sentimiento.
Tú has llorado.
LUISA. (Sonriendo. Desatino.
FERN. No; ya sabes que adivino
tu más hondo pensamiento.
Habla, dime la verdad;
¿por qué te apenas así?
¿por qué pensabas en mí,
en Dios y en la eternidad?
Cada instante de dolor,
en la ansiedad consumido,
es un instante perdido
para tu amor y mi amor.
Depon tu angustia tirana
y mi pesadumbre acorta.
LUISA. Ay, Fernando! ¿Qué te importa
el pesar de esta villana?
FERN. ¿Villana tú? Esa razon

me coloca en tu camino:
¿quién pretenderá sin tino
oponerse á nuestra union?

LUISA. Tu mismo padre quizás.

FERN. ¿Y eso te roba la calma?
En los asuntos del alma
mi padre es Dios, nadie mas.

LUISA. Tienes respetos sociales
que guardar.

FERN. Yo tengo honor;
y por la ley del amor,
Luisa y yo somos iguales.

LUISA. Oh! cesa de hablar así,
que aún más mi desdicha labras,
que á pesar de tus palabras
te han de separar de mí.

FERN. Mi padre?

LUISA. Así lo recelo.

FERN. Aunque son fuertes sus brazos,
¿cómo romperá los lazos
conque nos sujeta el cielo?

LUISA. Cadenas tiene.

FERN. Eso sí:
mas rotos son sus eslabones,
con ellos haré escalones
que me suban hasta tí.
Si quiere guerra, habrá guerra.

LUISA. Y si á mí viene derecho?

FERN. Tu escudo será mi pecho,
y á más es ancha la tierra.

LUISA. Oh! silencio, por piedad:
no engañes más mi deseo:
Ser tuya aquí! Si no creo
en tanta felicidad!
Estaba tan avenida
ya á la idea de perderte,
que ansiaba sólo la muerte
por ser tuya en la otra vida.
Mientras que ahora, ay! ahora,
perdido el dulce reposo,
tiemblo por tí... por mi esposo!

FERM. Si, tu esposo que te adora.

mas no temas que sucumba
mientras me guardes tu fe.

LUISA. Dudas? Pues de quién seré
sino tuya ó de la tumba?

FERN. Calla y el pecho sosiega.
Álguien la escalera sube:
quién será?

LUISA. Quizás la nube
que henchida de rayos llega.

ESCENA VIII.

DICHOS, un LACAYO.

LAC. El señor Conde de Walter
pide licencia de entrar.

FERN. Mi padre? (Con asombro.)

LUISA. (Con espanto.) Jesús! Fernando.
¿No lo ves? la tempestad,
la tempestad que se acerca:
si este no miente jamás! (Señalando el pecho.)

FERN. Mi padre! ¿qué es lo que busca?
qué es lo que viene á buscar?

LAC. Qué respondo á su excelencia?

FERN. Que espere. (Resuelto.)

LAC. Ved...

FERN. Nada más.
(Interrumpiéndole sériamente. Váse el Lacayo.)

ESCENA IX.

LUISA y FERNÁMDO.

LUISA. (Con doloroso espanto.)
Viene á arrancarte de aquí.
No ves? No te lo decia?

FERN. Oh! no temas, Luisa mia,
no tengas miedo por mí.
Ven; no quiero que taladre
tu alma con su voz severa;
ten valor, ten calma; espera.
Ven que te lleve á tu madre.

Si en curiosidad sin tasa
ella á escuchar te convida,
huye á esconderte, mi vida
en un rincon de tu casa.
No, no quieras ver ni oir,
el que escucha su mal labra;
que una frase, una palabra
pudiera hacerte morir.
Lo harás?

LUISA. Sí, sin vacilar.

FERN. ¿Y dudas de mí, alma mia?
No saber que moriria? (*Con dolorosa energía.*)
Pues cómo podré dudar?
(*Salen por una puerta lateral.*)

ESCENA X.

El CONDE DE WALTER y WURM por el fondo.

CONDE. Conque decis que es tan linda?

WURM. No tiene igual en belleza.

CONDE. Tanto?

WURM. Os juro que en la córte
no hay quien compita con ella.

CONDE. (*Sonriendo.*)
Señor Wrum, en ese caso
que tiene gusto prueba.

WURM. Sí, mas rebajarse al punto
de hacerla formal promesa
de matrimonio...

CONDE. Estais loco?
vuestros celos exageran
el asunto.

WURM. No exagero.

CONDE. Bah!

WURM. ¿No lo cree su excelencia?

CONDE. Señor Wurm, mi hijo no puede
faltar al nombre que lleva.

WURM. Daré pruebas.

CONDE. Sois celoso,
y un celoso siempre sueña.
Conque hablemos de otra cosa,

Decid; ¿no os causa extrañeza
la soledad de esta casa?

WURM. Más me extraña la respuesta
de vuestro hijo! «Que espere!»
Mucho tiene de insolencia.

CONDE. Verdad que sí? (*Conteniendo su ira.*)

WURM. Por lo ménos
poco respeto demuestra.

CONDE. Sí, con efecto!... ¡esto es raro!
(*Mirando por el balcon á la calle.*)
Decidme, Wurm, ¿no es aquella
del mariscal la carroza?

WURM. Sí; su escudo lo revela.

CONDE. Pues id al punto á palacio
ántes que él llegue.—Á la puerta
teneis mi coche.—Decidle
que mi amistad le aconseja
que á Lady Milford visite
ántes de ver á su alteza
y la diga de mi parte
que su prometido anhela
besarla los piés.

WURM. (*Sorprendido.*) Qué escucho?
¿Su alteza á su dama deja?

CONDE. No la deja, es que la casa
por razon de conveniencia.

WURM. ¿Y quién es el venturoso
que su blanca mano acepta? (*Con tono irónico.*)

CONDE. Mi hijo el Baron.

WURM. Eh? (*Con asombro.*)

CONDE. (*Con naturalidad.*) Os sorprende?
Pues no entiendo esa sorpresa.
Su alteza adora á Milady:
mas como el país le fuerza
á tomar tambien estado
con su prima la princesa,
las apariencias exigen
que Milady esposo tenga.

WURN. Voy comprendiendo.

CONDE. Me alegro,
que es muy claro. Si con ella
caso á mi hijo...

WURM. Ya entiendo.
CONDE. Será mi privanza eterna.
WURM. Entónces...
CONDE. Gracias al cielo
que adivinais!...
WURM. Luisa...
(Con marcada intencion.)
CONDE. Es vuestra.
(Brevemente y con gravedad.)
WURM. Oh! gran plan! Pero es el caso
que si el futuro se niega...
CONDE. No se negará; os respondo
del éxito de mi idea. (Sonriendo.)
WURM. Entónces iré á palacio
y haré que al punto se extienda
la noticia.
CONDE. Oh! no hace falta;
Kalb hará por extenderla.
Si yo pintase á la fama,
en lugar de hacerla hembra,
al mariscal pintaria
de uniforme y con trompeta.
Pero partid, que oigo pasos.
WURM. El Baron. (Saliendo.)
CONDE. Id. (Aquí llega;
demos al fin la batalla;
ruda será, pero es fuerza.)

ESCENA XI.

El CONDE DE WALTER y FERNANDO.

FERN. Ah! vos aquí, padre mio?
CONDE. (Severo.) Sí; yo mismo, yo, Fernando;
yo que tengo que buscarte
por lugares ignorados
toda vez que no te dignas
buscarme á mí por palacio.
FERN. Oh! perdonad, padre mio...
CONDE. (Iuterrnmpiéndole.)
No busques pretextos vanos.

Hace tiempo que te observo,
y, con pena lo declaro,
ya no veo en tí aquel jóven
alegre, risueño y franco
que en tiempos más venturosos
formaba todo mi encanto.
Hoy estás triste; tu rostro
tiene siempre un tinte pálido
que me enoja; no te veo
ni en reuniones, ni en teatros.
Cuidado, Baron, cuidado:
las locuras se perdonan
á tu edad si son de paso;
mas tener una manía,
es ridículo á tus años.

FERN. No os entiendo, padre mio.

CONDE. No? Pues yo me iré explicando.
¿Merezco yo por ventura
tu desvío? Hablemos claros.
Por quién tu padre ha querido
subir tan alto, tan alto,
que quizás con Dios y el cielo
ha roto por alcanzarlo?
(Movimiento de Fernando.)
Tú no entiendes lo que digo,
ni sabes de lo que hablo;
mas qué importa? Yo me entiendo:
no quieras tú averiguarlo.
El antiguo presidente
cerraba á mi anhelo el paso,
y aquel hombre ya no existe
y yo su puesto he logrado.
Por quién he querido honores,
fortuna, riquezas, rango,
poder de príncipe?

FERN. Es cierto;
por mí, señor; mas me espanto
ante ese hecho que ignoro
y que por mí os ha obligado
á romper como habeis dicho
con vuestra conciencia.

CONDE. Ingrato!

¿qué te importa, si recibes
el bien por segunda mano?
Si crímen ha habido en esto,
no será tuyo el legado
de ese crímen.

FERN. Padre mio,
no me hableis así: rechazo
desde este instante una herencia
que al parecer cuesta tanto.

CONDE. (Impaciente.) Por mi honor que necesito
la calma que Dios me ha dado
para escuchar en paciencia
esas razones del diablo.
Eres noble, rico, jefe
de un regimiento: á tus años
no se alcanza fácilmente
tales ventajas: há un rato
que de tí hablaba su alteza
para un cargo extraordinario
en París: ¿es todo esto
quizás para despreciado?
¿Qué sangre en tus venas corre
que á la privanza haceis ascos?

FERN. La privanza, padre mio...
no sirvo para privado:
vivir cercado de envidias,
de temores de contrarios,
cortejo que al poder sigue,
si es que no le sigue un rastro
de sangre! no, padre mio:
dejad que viva ignorado,
tranquilo con mi conciencia,
en cuyo recinto guardo
aspiraciones más dulces
y efectos que á Dios son gratos.

CONDE Cáspita! Bien sermoneas!
Eso es hablar como un sabio!
En qué libro has aprendido
ese discurso bizarro?
Te llama el hogar? corriente;
yo te haré feliz.

FERN. No alcanzo

el sentido de esas frases.

CONDE. Es cosa breve: te caso.

FERN. Padre!

CONDE. (*Con actividad.*)
Nada de aspavientos;
he prometido tu mano
á Lady Milford.

FERN. (*Con repugnancia y dignidad.*)
Qué escucho?

CONDE. Y ella te aguarda en palacio.

FERN. Yo esposo de Lady Milford?

CONDE. Y bien, que tiene de extraño?

FERN. Qué! ¿quisierais ser el padre
del hijo infame y menguado
que á la dama de su alteza
diera su nombre?

CONDE. Y acaso,
negáras tú ser el hijo
de tal padre?

FERN. (*Con energía.*) Sin reparo
lo negaria ante el mundo,
y ante Dios tambien.

CONDE. (*Yendo á él y conteniéndose.*) Malvado!
Pues bien, sea: harto conoces
que yo no prometo en vano.

FERN. Pero decid, padre mio,
si con tal mujer me enlazo,
dónde ocultaré mi rostro
de tanta infamia manchado?
¿No valdrá más... más mil veces
que yo, cualquier artesano
que disponga por completo
de su honor! Ah! por Dios santo,
pedidme, padre, la vida
si mi vida puede en algo
aumentar vuestra fortuna
y haceros subir más alto;
mi vida es vuestra; os la debo,
y devolviéndola os pago:
pero mi honor, padre mio,
el honor de mis pasados,
rico legado de gloria

de más de trecientos años,
ese es mio, sólo mio,
y no os lo doy ni lo mancho.

CONDE. (Afectando entusiasmo.)
Bien, Fernando: así me gusta:
eres un mozo muy bravo,
y por tu honradez mereces
otro enlace más preclaro.
¿Qué dices de la Condesa
de Olsthein?

FERN. Ante esa callo!
que es espejo de virtudes
y de belleza un dechado.

CONDE. No reprocharás ahora
mi eleccion.

FERN. Ay! no la amo!
y no la merezco!

CONDE. (Con ira reconcentrada.) Cierto?
Luego no es tu honor sagrado
el que niega y se revela
contra mi anterior mandato?
Ea pues, basta de farsa.
Milady te está esperando;
tu enlace el príncipe anhela,
y yo quiero realizarlo.

FERN. Padré ¿qué quereis decirme?

CONDE. Que estoy de todo enterado,
que á mí han subido rumores
de abajo...

FERN. Y qué?

CONDE. (Con intencion.) Muy de abajo.
No des lugar á tu padre
á que se acerque al obstáculo
que entre los dos se interpone:
que si das lugar á tanto,
puedo bajarme, cogerle,
deshacerlo y aplastarlo.
(Entra Miller y se queda absorto á la puerta.)

FERN. Padre!

CONDE. Id á la parada,
y luégo en palacio aguardo.

FERN. Pero...

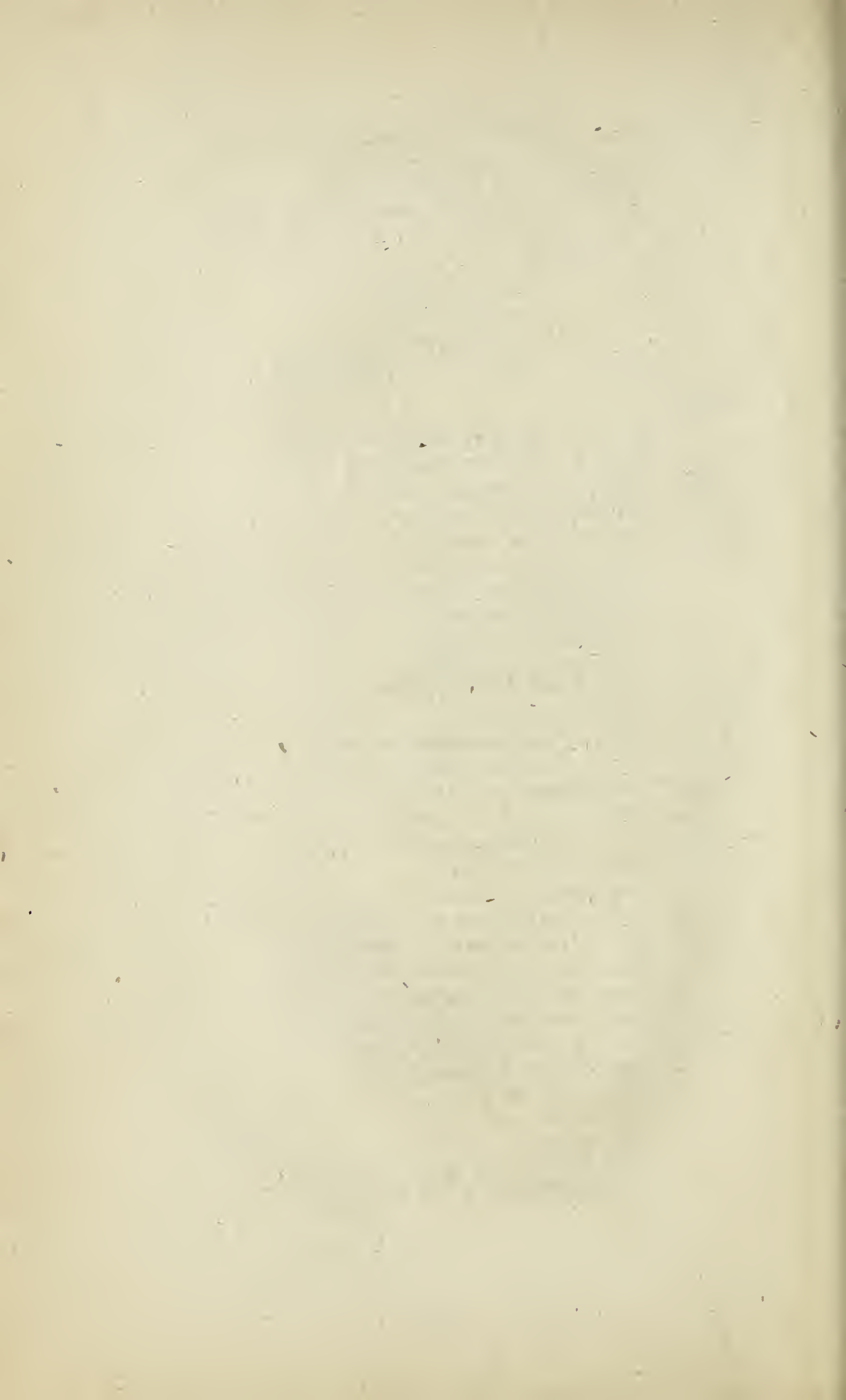
CONDE. Basta con lo dicho:
hacedlo así, yo lo mando.
(Momento de silencio. Sale el Conde y aparece Luisa y la señora Miller. Fernando aparece inmóvil y abstraido.)

ESCENA XII.

FERNANDO, MILLER, la SEÑORA MILLER, LUISA.

MILLER. (Á su mujer,)
No ves lo que yo decia?
ves como al fin ha ocurrido?
LUISA. (Acercándose á Fernando.)
Fernando, todo lo he oido.
FERN. (Saliendo de su estupor.)
Lo oiste todo, vida mia?
Pues bien, á palacio iré:
yo seguiré su consejo,
y asomándola á un espejo,
su infamia la mostraré.
Y si aún en ello insistiera,
retenerme será en vano,
pues rechazaré su mano
ante la Alemania entera.
LUISA. Oh, Dios! te vas á perder,
Fernando!
FERN. Espera, confia.
Voy á luchar, vida mia,
voy á luchar y vencer.
No quieren guerra? habrá guerra.
¡Ay del que humillarte intente! (Sale.)
(Miller y su esposa parecen aterrados. Luisa se deja caer de rodillas y con las miradas en el cielo y las manos cruzadas, reza fervorosamente.)
LUISA. Creo en Dios padre omnipotente,
creador del cielo y la tierra.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Habitacion del presidente en palacio, adornada con lujo. Balcon á la calle: puertas á derecha é izquierda y fondo, con otra simulada en el muro de la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE WALTER y WURM.

WURM. Y ahora qué decís?
CONDE. Declaro
que me he equivocado: empiezo
á sospechar que ese mozo
tiene un carácter muy terco.
WURM. Dirá su excelencia ahora
que hablaban por mí los celos?
CONDE. ¿Pero qué tiene esa niña
que por ella á tal extremo
llega mi hijo?
WURM. Ah! yo os juro
que es como un ángel del cielo.
CONDE. Pues bien, ángel ó demonio,
es preciso poner término
á su influencia.
WURM. Y bien, cómo?
CONDE. Wurm, á gran mal, gran remedio.

Por el camino más corto
llegar á mi objeto quiero.

WURM. No siempre es el más seguro.

CONDE. Quizás se llega más presto.
Necesito que esa niña
venga aquí.

WURM. Cuándo?

CONDE. Al momento.

WURM. No vendrá.

CONDE. No? Y si la llamo?

WURM. No acudirá al llamamiento.

CONDE. ¿Y si en nombre de mi hijo
le suplico?

WURM. Inútil ruego.
No vendrá.

CONDE. Y á una órden mia,
¿se negará?

WURM. No por cierto;
pero escuchad lo que os digo
para que vayais con tiento.
Miller matará á su hija
primero que obedeceros.

CONDE. Tanto?

WURM. No teneis idea
del carácter de ese viejo.

CONDE. Pues bien, en llamando á todos,
¿podrán abrigar recelos?

WURM. Entónces no.

CONDE. Pues llamadlos.

WURM. Bien; yo mismo iré á traerlos.
¿Por dónde quereis que entren?

CONDE. Por ahí. (Señalando una puerta secreta.)

WURM. (En ademan de salir.) Basta.

CONDE. (Deteniéndole.) Y silencio.
Que nadie se entere.

WURM. Nadie.

CONDE. Sobre todo, mi hijo.

WURM. Ménos.

CONDE. Que yo haré que Lady Milford
lo entretenga largo tiempo.

WURM. Estad tranquilo. Supongo
que todos esos proyectos

tienden á hacerme dichoso
haciéndome de ella dueño?

CONDE. Señor Wurm, ¿podeis dudarlo?
¿no poseeis un secreto
importante en garantía
de mi lealtad?

WURM. (Desconfiando.) Sí, sí, pero
si ella le ama...

CONDE. ¿Qué importa?
Ya vereis si la convenzo
de que es un marido malo
mejor que un amante bueno.

WURM. Lo que importa es que sea mia,
conque no os pareis en medios.

ESCENA II.

El CONDE de WALTER.

Raton cuya gazapera
no tiene dos agujeros,
pronto es cogido! Este axioma,
de puro sabido, es necio.
Oh! la familia de Miller
entiende el negocio! El viejo
será un tunante de á folio,
hipócrita y marrullero!
La mujer... ¡Dios sólo sabe
lo que será! Y claro; han puesto
á ese serafin con faldas
para que sirva de anzuelo,
y el tonto de mi muchacho
incauto picó en el cebo.
¿Será estúpido? Por vida!
¡De todos al par reniego!
No, de ellos no; que ellos, claro,
estaban en su derecho.
No es fácil todos los dias
pescar un pez de tal peso.
Friolera! El mejor partido
de Alemania! Lo que es ellos
hacen bien! Pero qué diablos!

deben cejar en su empeño.
Oh! y cejarán; yo lo juro.
Wurm es rico... es rico... pero
si se resisten... entónces...
¿qué es resistir? ni por pienso.
Entre mi oro y mis iras
optarán por el dinero.

ESCENA III.

El CONDE DE WALTER, el MARISCAL DE KALB.

MAR. Perdonad si me permito
venir á veros ahora.

CONDE. (Contrariado.)
(Oh qué necio! Á buena hora,
y hoy que el tíempo necesíto.)
(Yendo á su encuentro.)
Mi buen primo y Mariscal.

MAR. Conde, el placer me enagena,
recibid mi enhorabuena
más cumplida y más cordial.
Wurm vuestro encargo me dijo,
y aunque mi tiempo era escaso,
ví á Milady; fué de paso,
mas le anuncié á vuestro hijo.

CONDE. Oh! primo, mi gratitud...

MAR. Sí; podéislo agradecer;
que por vos pude caer
en falta de exactitud
en el servicio.

CONDE. Lo siento,
lo siento; á haberlo sabido...
eso, primo, hubiera sido
un triste acontecimiento.

MAR. Triste? Terrible, fatal;
si á tardarme un poco acierto,
Conde, me encuentro despierto,
despierto á su alteza real.

CONDE. ¿De veras?

MAR. Como os lo digo;
adivinad sus enojos

sí abre su alteza los ojos
y no se encuentra conmigo.
Diez años há dia por dia
que le sirvo con tal fe,
que al despertar siempre ve
la misma fisonomía.

CONDE. La vuestra?

MAR. Pues claro está.

CONDE. (Pues tiene su alteza gusto.)

MAR. Figuraos su disgusto
si hoy halla otra cara.

CONDE. Ya!

MAR. Áun el pensarlo me inquieta.

CONDE. Se comprende! ¿Y qué ha ocurrido
que casi se ha detenido
la marcha de la etiqueta?

MAR. Si mi diligencia es poca,
se para como habeis dicho.

CONDE. Pero qué causa...

MAR. Un capricho;
casi nada; una bicoca.
Figuraos que hace un mes
que ofrecí á Milady bella
cantar un duo con ella...

CONDE. ¿Ante su alteza?

MAR. Eso es.
Ella me obligó tirana
á aceptar tal compromiso,
y aprenderlo era preciso
siendo el concierto mañana.

CONDE. Y qué? Lo teneis corriente?

MAR. ¿Qué diablos he de tener,
si á un músico voy á ver,
aunque en vano, diariamente?

CONDE. Pues cómo?

MAR. No se concibe
lo que pasa y lo que paso.
Doy mi nombre y no hace caso,
me anuncio y no me recibe.
¡Mal rascador de violin!
No sé si cuentas le exija...
(Cambiando de tono.)

Apropósito, su hija
dicen que es un serafin.
No sé si tiene su cuyo,
de esto el baron os dirá;
pues sé que á su casa va
y que es discípulo suyo.

CONDE. (Con intencion.)
Del serafin?

MAR. (Riendo.) De ella no;
del papá! jé! jé! estais chusco!
En fin, mientras más le busco
ménos puedo verle yo.
Hoy fuí resuelto á ensayar,
pero el diablo lo hizo aposta,
y á entrar allí á toda costa;
cuando estaba para entrar,
llega el baron muy bizarro
sobre un alazan inglés;
pone en un charco los piés,
y ¡zás! me cubrió de barro.
¿Qué hacer? ébrio de coraje
de allí me aparté bufando;
el coche tomé volando
y á mudarme fuí de traje.
Falto de tiempo y de espacío,
me afano, trabajo, sudo;
tomo otra ropa, me mudo,
subo al coche y á palacio.
Trepo al punto la escalera,
la galería atravieso,
la mano á Milady beso,
la doy la nueva que espera,
la felicito en razon,
y, gracias á mi presteza,
llegué al cuarto de su alteza
en la mejor ocasion.
Si me tardo pierdo el fruto
de tanto escollo vencido:
su alteza estaba dormido;
pero despertó al minuto.

CONDE. Cáspita! Y que correría!
Mariscal, sois un gran hombre:

á necesitar un nombre,
ese lance os lo daria!

MAR. ¿Conque casais al baron?
Bravo! qué dote y qué dama!
primo; eso si que se llama
afirmar la situacion.
Me alegro, y que Dios os guarde.

CONDE. Ya os vais?

MAR. Contra mis deseos;
ya veis; faltan los trineos
que arreglar para esta tarde.
Oh! mi cargo me sujeta
de tal modo...

CONDE. Sí por Dios;
corred, que es justo: sin vos
¿qué fuera de la etiqueta?

MAR. Sí; por eso tanto aprecio
me otorga su alteza real.
Adios.

CONDE. Adios, Mariscal. (Despidiéndole.)

MAR. (Vaya un cuco!)

CONDE. (Vaya un necio!)

(Al llegar á la puerta del fondo retrocede el Mariscal con la mayor solicitud, y luégo vuelve á la puerta.)

MAR. Oh!

CONDE. ¿Qué es ello?

MAR. Que por frente
de aquí, Lady Milford pasa. (Á la puerta.)
¿No quereis honrar la casa
de mi primo el presidente?

ESCENA IV.

DICHOS, LADY MILFORD y SOFÍA.

LADY. Por qué no?

CONDE. Cuánta bondad!
cuánto honor á mi morada!

LADY. (Al Mariscal.)
Esto ha sido una emboscada.

MAR. No por Dios, casualidad.

Pasabais; yo iba á salir,
y hubiera sido indiscreto
no rendiros el respeto
que os debieramos rendir.

LADY. Oh! mil gracias, Mariscal;
gracias, señor presidente;
llevada por el torrente
de la música marcial,
salí de la estancia mia...

MAR. (Interrumpiendo.)
Por ver la parada á fe!

LADY. Justo: y dije, ¿á dónde iré
mejor que á la galería?

CONDE. Y habiendo en mi habitacion
balcones, los olvidais?

MAR. Oh condesa, si ahora os vais
no sois digna de perdon.

LADY. Bien; confieso mi torpeza;
me quedaré.

MAR. (Al Conde.) ¿No estais loco?

CONDE. Gracias, Milady. (Inclinándose.)

MAR. Hace poco
que de vos me habló su alteza.
(Descorriendo las cortinas.)

LADY. De veras? (Sonriendo.)

MAR. No hará una hora
que estando solos los dos,
me hizo entrega para vos
de una joya encantadora.
Al punto la iré á buscar.

LADY. Gracias, Kalb.

MAR. No las merece.

LADY. (Con intencion.)
Oh! su alteza os favorece
de un modo bien singular.

MAR. Es tan bueno y placentero
conmigo!

LADY. (Siempre irónica.) Teneis estrella!
Id por la joya.

MAR. Es muy bella;
ya vereis!

LADY. Aquí os espero. (Váse el Mariscal.)

ESCENA V.

LADY, el CONDE, SOFÍA.

LADY. Aun la línea está incompleta,
segun creo.

CONDE. Así parece.

LADY. ¡Sin duda el Baron de Walter
está de servicio!

CONDE. Puede.
No ha ido á veros?

LADY. (Marcándolo.) No he tenido
el alto placer de verle.

CONDE. (Oh! lo temia!) Milady,
¡son tan rudos los deberes
de la disciplina!...

LADY. Cierto.

CONDE. Que en gracia de ellos merece
vuestro perdon.

LADY. ¿Quién lo duda?
No es esto que yo me queje:
el servicio de su alteza
ante todo.

CONDE. Ciertamente.

LADY. Mas ya sabeis, en palacio
son tan mordaces las gentes,
que pudieran lastimarme
si ven que el baron no viene.

CONDE. Milady, sois harto hermosa,
y esto os lo diré mil veces,
para que abrigueis sospechas
y temores de esta especie.
Sin embargo, por calmaros
saldré de palacio en breve;
buscaré al baron yo mismo
y haré que las filas deje.

LADY. De veras?

CONDE. Podeis dudarlo?
¿No soy yo quien lo promete?
Pues yo os juro por mi nombre
que no tardareis en verle

bendiciendo la fortuna
que vuestro afecto le ofrece.

LADY. Oh, qué bueno sois! acepto
vuestra palabra solemne;
partid, mi orgullo está herido,
y á más estoy impaciente
por daros el dulce nombre
que en mis labios vaga siempre.

CONDE. (Besándola la mano.)
Perdonad que os deje sola. (Saliendo con ira.
(Ap.) Oh! vendrá mal que le pese.
(Suenan á lo lejos clarines y tambores.)

ESCENA VI.

LADY MILFORD, SOFÍA.

LADY. (Despues de verle salir y saludándole. Acercándose rápidamente al balcon.)
Ven, acércate, Sofía;
mira, investiga, repara;
acaso encuentren tus ojos
lo que mis ojos no hallan.
¿Ves al baron?

SOFIA. No le veo.

LADY. No está entre la turba magna
de oficiales?

SOFIA. No, señora,
no ha venido. (Suenan léjos músicas militares.)

LADY. Dios me valga!

SOFIA. Aquel es su regimiento,
y ya veis que otro lo manda.

LADY. Podrá venir todavía!

SOFIA. Oh! ya no, vana esperanza;
los batallones desfilan
y su escuadron se prepara
á marchar!

LADY. (Separándose del balcon con despecho.)
No sé qué tengo.

SOFIA. (Acudiendo á ella solícita.)
Oh! qué es ello? os sentis mala?

LADY. (Dejándose caer en una marquesita.)

No sé, me muero de hastío!
SOFIA. De hastío? (Asombrada.)
LADY. Sí, que el tédio mata!
SOFIA. ¡Que tal diga Lady Milford,
que con sólo una mirada
un mundo de cortesanos
puede tener á sus plantas!
LADY. (Con desprecio.) Los cortesanos! Sofía...
¿Sabes tú de quiénes hablas?
Bonito entretenimiento
pueden traer á mi alma
esas gentes sin conciencia
que por los palacios andan.
Mezquinos aduladores
sin afecto y sin entrañas,
que movidos por resortes,
como muñecas de pasta,
llevan siempre por costumbre
de humillarse ante el que manda,
la complacencia en los labios
y la vergüenza á la espalda.
SOFIA. (Con temor.) Señora...
LADY. (Levantándose con calor.) Dame por ellos
un hombre de ciencia ó de armas;
un hombre en cuyo cerebro
el fuego del saber arda;
en cuyo pecho fermente
del entusiasmo la llama,
y en cuya frente coloca
Dios coronas más preciadas
que las de los reyes...
SOFIA. (Mirando á uno y otro lado.)
Cielos!
LADY. Y por una de esas almas
dignas, grandes, generosas,
tan nobles como entusiastas,
daré yo toda esta pompa
que me avergüenza y me mancha.
SOFIA. ¿Qué estais diciendo, señora?
vos! la favorita...
LADY. Calla!
¿No has adivinado acaso

que esta inquietud que me abrasa,
es que mi pecho ambiciona
una dicha que no alcanza?

SOFIA. Milady, por Dios... (Con inquietud.)

LADY. (Con calor.) El dia
en que una voz adorada...
(La del baron por ejemplo.)
me diga: «Lady, esas lágrimas
»son para mí de más precio
»que los brillantes que radian
»en vuestra frente,» ese dia
verás si arrojo á las plantas
del príncipe su corona,
los grillos con que me ata,
el fausto con que me compra,
y el poder con que me paga.

SOFIA. Dios mio, pueden oiros.

LADY. ¿Qué han de oir? no temas nada;
aquí están ciegos y sordos
todos cuantos de mí tratan.
(Bajando la voz, pero con orgullo y pasion á la vez.)
Ese enlace que proyecto,
pero que todos achacan
á la ambicion de ese hombre
que de aquí salir acaba,
es obra mia tan sólo,
¡de mi amor!

SOFIA. (Con timidez.) Lo sospechaba.

LADY. (Con deleite.) Todos presos en mis redes!
Oh! con cuánta confianza
jurarán que es un gran medio
de tenerme asegurada
el amor del duque! Necios!
Que Walter dé su palabra
de ser mi esposo, y entónces
yo me arrancaré la máscara,
y diré *adios* para siempre
á este favor que me infama.

SOFIA. Oh! callad: álguien se acerca.
El Mariscal!

LADY. (Recordando.) Ah! la alhaja.

ESCENA VII.

DICHAS y el MARISCAL, con estuche en la mano.

LADY. (Cambiando de tono.)
Ya de vuelta, Mariscal!
sois un rayo en ligereza.

MAR. Oh! en asuntos de su alteza
no reconozco rival.
Aquí teneis lo ofrecido:
joya digna de su empleo!
No hace mucho que un correo
de Venecia la ha traido.

LADY. (Abriéndolo.) Oh! Dios mio! qué raudal
de luces!

SOFIA. (Con asombro.) Es admirable!

LADY. (Despues de un momento.)
Y esta joya inestimable,
¿qué cuesta á su alteza real?

MAR. Oh! nada: una frusleria,
casi un millon mal contado;
precio en que un noble ha comprado
no sé qué coronelía.
Por cierto que sin razon
la estúpida soldadesca,
armó al buen hombre una gresca
cuando tomó posesion.

LADY. (Con atencion.) Cómo?

MAR. Esa tropa debia
partir á América y... pues!
algun bribon que interés
en sublevarla tendria,
furioso empezó á gritar
que era infame aquel intento;
de modo que el regimiento
se negó todo á marchar.
Entónces el coronel,
que es mozo de pelo en pecho,
usando de su derecho
cerró la puerta al cuartel;
y atrapando á un peloton

que gritaba con exceso,
sin más forma de proceso
y sin otra apelacion,
se dió trazas de tal suerte,
que matando á tres ó cuatro,
hizo del cuartel teatro
del silencio y de la muerte.

LADY. Oh! qué horrible, Mariscal!
¡qué cuadro más espantoso!

MAR. Al contrario, delicioso!
y de qué efecto! Fué tal,
que calmada la aspereza
del anterior movimiento,
salió al cabo el regimiento
gritando: ¡viva su alteza!

LADY. (Conteniendo su dolor.)
Mariscal, teneis razon...
eso es nada... casi nada. (Con risa irónica.)
¡Rica joya! ¡una asonada!
cuatro muertes y un millon.

MAR. Diré á su alteza real
que os es su presente grato!

LADY. Mucho! mucho! (Mentecato!)

MAR. Condesa... (Saludando.)

LADY. Adios, Mariscal.

ESCENA VIII.

LADY MILFORD y SOFÍA.

LADY. (Con vehemencia.)
Y quizás presenciarian
aquella escena de sangre
las hermanas de los muertos
las esposas ó las madres.
Lejos de mí ese presente,
que me sonroja al mirarle:
ten, Sofía; no sé dónde
presa de un fuego gigante,
ha quedado hecha cenizas
una de nuestras ciudades.
Trueca esa alhaja en dinero

y haz que al punto de mi parte
se reparta entre los pobres
que han perdido sus hogares.
Las lágrimas de alegría
que por esto se derrame,
serán de Dios á los ojos
más preciadas y agradables
que todas las minas juntas
de záfiros y brillantes.
(Al tiempo de salir Sofia aparece un ujier.)

ESCENA IX.

DICHAS, UN UJIER.

UJIER. El baron de Walter.
LADY. Cielos!
Él es! (Aguarda un instante.) (Á Sofía.)
SOFIA. (Acudiendo á sostenerla.)
Qué teneis? Estais temblando.
LADY. Oh! no sé: tiemblo de hablarle.
Yo que ha poco le llamaba
con el acento vibrante
de la pasion ¿por qué ahora
me siento muda y cobarde?
UJIER. Qué digo al baron?
LADY. (Vacilante.) Sofía...
no sé... decidle que pase.
SOFIA. Milady, valor! (Váse el Ujier.)
LADY. (Sin poder reponerse.) Dios mio!
SOFIA. Os dejo?
LADY. (Vivamente.) No, no te apartes
de mí.
SOFIA. Silencio, que él llega.
LADY. (Mirando al cielo.)
Señor, no me desampares.

ESCENA X.

DICHOS y FERNANDO.

FERN. (En la puerta del fondo inclinándose.)
Lady Milford?

LADY. (Invitándole con timidez y ansiedad amorosa.)
Pasad.

FERN. Gracias, señora.
Perdonad que á esta hora,
importuna tal vez, soldado y hombre
llene un doble deber que no desdora
al hombre ni al soldado,
pues al cumplir con quien me dió su nom-
obedezco á un ministro del Estado. [bre,

LADY. (Desconcertada.)
Ah! sólo la obediencia
os conduce hasta mí? Por mi conciencia,
os juro que creia
que un afecto más tierno os dirigia
hasta haceros llegar á mi presencia.

FERN. Un afecto más tierno? No os entiendo,
y por Dios que me pesa,
que en la esfera que vivo no comprendo
una razon tan grave como esa.
¿Quizás pensais, condesa,
que respeto merece
el que en escalas inferiores anda?
¿Qué le importa saber á aquel que manda
cómo está el corazon del que obedece?

LADY. (Con cierta frialdad.)
Entónces ya adivino:
vuestro padre quizás, ciego y sin tino,
os impone que humilde y obediente
unais vuestro destino á mi destino.
¿No es cierto?

FERN. Exactamente.

LADY. Y vos...

FERN. Quisiera ahora
que hablásemos los dos.
(Lady hace una seña de despedida á Sofía.)

SOFIA. Salgo, señora.

ESCENA XI.

LADY MILFORD, FEBNANDO.

LADY. Quereis, señor baron, tomar asiento?
FERN. Gracias, seré muy breve.
LADY. (Procurando cobrar su dignidad.) (Qué tormento!
Con mi soberbia y con mi afecto lucho:
¿qué me viene á decir?) Hablad, ya escucho.
(Se sienta.)
FERN. Milady, tengo honor!
LADY. Nadie lo duda.
FERN. Soy noble.
LADY. Y el mejor del principado.
FERN. Soy soldado ademas.
LADY. Todo os escuda,
sí, lo honroso, lo noble, y lo soldado.
¿Mas qué quereis con eso
decir á mi razon? hablad; confieso
que preámbulo tal lo encuentro raro.
FERN. Pues lo siento por Dios, porque es muy claro.
Esto quiere decir, bella señora,
que está reñida con la noche umbría
la roja tinta de la clara aurora,
y que es mi honor como la luz del dia.
LADY. (Levantándose.)
¿Es acaso un ultraje
el que hacerme quereis con tal lenguaje?
FERN. No os quisiera ofendida ni agraviada,
mas con lenguaje tal, esto os confiesan
mi honor, mi escudo, mi luciente espada:
tres riquísimas prendas
que de Dios, de la patria y mis mayores
al nacer recibí, y esas ofrendas
han de guardar sus puros resplandores
hasta que roto de la vida el velo
el acento de Dios me llame al cielo.
LADY. Sin embargo, si el príncipe reclama...
FERN. Le debo mi lealtad, tambien la vida;
pero mio es mi honor, mia mi fama.

Que nunca me los pida!
Él puede hacer caer sobre su dama,
como escudo de honor y de cariño,
paru borrar la nota que la infama,
su rico manto de nevado armiño;
pero nunca podrá, yo así lo espero,
ya mande, ya se humille,
impedir que á la luz del cielo brille
el desnudo blason de un caballero.

LADY. (Se cubre el rostro llorando.)
Oh! Dios mio!

FERN. Perdon si enardecido
de lo justo los límites traspaso;
¿mas qué os debo decir, ya que he venido?
Por la postrera vez os hablo acaso,
y pues estamos solos frente á frente,
dejad que os diga lo que el alma siente.

LADY. No más, señor baron, ya todo es en vano.
Qué más debeis decir? rehusad mi mano;
no os odiaré por ello: de ese tono
con que me hundís en la mundaná escoria,
no guardaré memoria en mi memoria;
pisad mi corazon, yo os lo perdono.
Mas escuchad siquiera
la historia lastimera
de la que ansiando remontar el vuelo,
en vos buscó peldaño para el cielo;
de ese cielo, baron, de que he bajado
por culpa del dolor, no del pecado.
Al ménos, al mostraros mis enojos,
quizás halle piedad á vuestros ojos.

FERN. Os escucho, señora,
y entregad al olvido mis agravios.

LADY. (Se sienta.)
Oh! mil gracias, baron! oid ahora,
lo que nadie jamás oyó en mis labios.
(Un momento de pausa.)
Nacida en un condado de Inglaterra,
cuyo recuerdo en la memoria guardo,
mi raza entera se anuló en la tierra
despues que sucumbió María Estuardo.
Mi padre reducido al aislamiento

se encerró en su condado,
pero al cabo acusado
como amigo de Francia al parlamento,
fué en su misma prision decapitado.
Confiscada y vendida su fortuna,
su familia del reino desterrada,
triste como la luna
cuando cruza la bóbeda azulada
en esas noches de frialdad umbría
sin luceros ni estrellas,
así la madre mia
salió arrastrando sus penosas huellas
por un suelo enemigo,
que sordo á sus querellas,
pan le negaba y le negaba abrigo.

FERN. Oh! Milády! qué horror!

LADY. Seguidme atento.
Yo era niña, muy niña: en mi inocencia
no conocí el pesar ni el sentimiento
que acabó de mi madre la existencia.
Mas la recuerdo aún: descolorida
una noche en sus brazos me estrechaba;
fué la postrera noche de su vida:
llorando y silenciosa me miraba,
yo risueña y alegre la besaba,
y al besarla una vez, quedó dormida...
Qué fué de ella despues? Con vivo anhelo
al sol naciente pregunté por ella:
sólo mi aya respondió á mi duelo,
pues aún buscando al parecer su huella,
alzó una mano y señalóme el cielo.

FERN. Milady, por piedad.

LADY. Mucho más tarde,
—¡ya era jóven, baron!—supe mi historia;
miréme sola y me sentí cobarde.
Mísera y sin fortuna,
muerta la anciana que veló mi cuna,
sin medios de vivir, ¿qué hacer? Un dia
pensé en morir. El Elba que corria
mansamente á mis piés, su blanca espuma
por eterno sudario me ofrecia.
Lloré, recé: las manos sobre el pecho,

la mente en Dios con santo desvarío,
busqué en el Elba mi virgíneo lecho;
sentí el rumor de un coche á corto trecho,
y sin pensar en más, lancéme al rio.

FERN. Jesús!

LADY. (*Con la vaguedad del dolor.*)
Callad.—Cuando torné á la vida,
respiré en otro hogar y en otro espacio:
me hallaba en una estancia enriquecida:
de quién? Lo supe al fin, era palacio.
Al pasar junto al Elba, diligente
el duque que miró mi arrojo fiero,
se lanzó de su coche de repente;
y rompiendo el cristal de la corriente
volvióme á un mundo en el que nada es-
¿Qué más debo de decir? si agradecida [pero.
cedí al halago de mi nueva suerte,
¿merezco el deshonor por mi caida?
¡Es tan triste la muerte
cuando se está en la aurora de la vida!...

FERN. Oh? Milady, perdon; perdon, señora.

LADY. Ya mi historia sabeis; juzgadme ahora.

FERN. Juzgaros yo! ¿Quién puede haceros cargo
sin ofender á Dios?

LADY. Y sin embargo,
si vierais los enojos
que triste devoré cuando mis ojos
vieron la realidad! revuelto cisma
noté dentro de mí; perdí la calma,
y en fiera lucha la razon y el alma,
hasta sentí vergüenza de mí misma.
¿Quereis saber ahora
lo que ha hecho esta impura pecadora
por redimirse del pecado inmundo
á los ojos de Dios, si no del mundo?
Al pueblo preguntad, tomad noticia
de aquellos que sujetos á hondas penas
vieron rotas al cabo sus cadenas
y templando el rigor de la justicia.
Preguntad al mendigo:
preguntad al anciano:
á todo aquel que mudo y sin testigo

piedad demanda al padre soberano,
y todos os dirán...

FERN. (Con entusiasmo.) Alma bendita!

LADY. «Quién amparo nos da, quien nos da abrigo...

FERN. Es un ángel!

LADY. Ah! no: *¡la favorita!*
(Con profundo sentimiento.)

FERN. Milady! (Dulcemente.)

LADY. No os asombre;
así me juzgo yo, dadme ese nombre.

FERN. Ah! no lo mereceis!

LADY. (Con dolorosa melancolía.) ¿Cuál me daria
vuestro labio, baron, si yo os pidiera
con la voz del dolor y la agonía,
que sin pensar en nada, ni en vos mismo,
me sacarais del fondo de este abismo?

FERN. Os juro por mi honor, señora mia,
que resuelto y valiente,
ante el mundo que hollara vuestra frente
mi esposa y mi adorada os llamaria.

LADY. (Con ansiedad.)
Y no os muevo á piedad?

FERN. (Con pena.) Ah! si no puedo!

LADY. (Con desaliento.)
Oh! veis cómo me fundo?
¿Cómo llamarme esposa ante ese mundo,
quien á la voz del mundo tiene miedo?

FERN. Miedo? No me ofendais! Walter me llamo.

LADY. ¿Es que me despreciais?

FERN. Ah no: es *que amo.*

LADY. Amais? (Ocultándose el rostro.)

FERN. Con frenesí, con desvarío.
Amo á una niña que al efecto mio
me abrió su alma sincera,
cual se abre una flor en primavera
á las primeras gotas del rocío.
¡Quereis, señora, que de aliento prive
á quien vive en mi amor y por él vive?

LADY. Triste de mí y de vos.

FERN. Por qué?

LADY. Los cielos
enemigos nos hacen en la tierra.

FERN. Qué me quereis decir? Llamáisme á guerra?
LADY. (Con dolorosa energía.)
Es que yo amo tambien y tengo celos.
FERN. Mas vale así, Milady, casi inerte
mal de vuestro dolor me defendía;
ahora que amenazais me siento fuerte,
y el cielo se pondrá de parte mia.
LADY. Perdonad que os lo diga con rudeza:
vuestro padre el ministro presidente
cumplirá su palabra con su alteza.
FERN. (Con lástima.)
Ah! Milady! ¿por qué tan de repente
bajais del pedestal en que fulgente
brillaba sin rival vuestra grandeza?
LADY. Soy mujer, tengo amor, me siento herida.
FERN. Se ve que amais, pues que arriesgais la vida.
LADY. Tales desdichas en mi vida toco,
que perderla, baron, me importa poco.
FERN. Sea, pues lo quereis.
LADY. Ah! no os extrañe
este empeño tenaz, es de mi raza.
FERN. Más que el llanto me gusta la amenaza.
LADY. Pues bien, adios.
FERN. ¿Quereis que os acompañe?
LADY. No temeis que se sepa esta visita?
FERN. Ya veis que no, puesto que voy de frente.
LADY. Pues bien, venid, honrad la favorita.
FERN. (Dándole la mano.)
No quita lo cortés á lo valiente.
(Salen por el fondo derecha.)

ESCENA XII.

Se abre una puerta secreta y aparecen MILLER, su SEÑORA y LUISA.

MILLER. Que aquí aguardemos han dicho!
Está bien, aguardaremos. (Reparando en Luisa.)
Mas qué es eso? estás temblando?
LUISA. Ay! sí, padre, tengo miedo.

MILLER. De qué? no estoy á tu lado?
LUISA. Estais á mi lado, pero...
no lloreis más, madre mia.
MILLER. Eh! ¿qué es llorar? á buen tiempo!
Si ántes hubiera evitado
lo que ahora está sucediendo...
SRA. Oh! perdona, amigo mio;
tienes razon, lo confieso:
pero ¿qué quieres? soy madre,
y ya se ve, en el deseo
de hacer feliz á mi hija...
MILLER. Pues ya verás lo que es bueno!
¿Piensas tú que el presidente
nos llama con tal apremio
para pedirnos la mano
de mi Luisa? Á ser eso
él hubiera descendido
á la casa del maestro
de música, en vez que airado
nos trae entre sayones presos!
LUISA. Dios mio; qué habrá ocurrido?
qué harán de nosotros?
(Viendo á Fernando.) Cielos!
Ya no temo nada. (Abraza á su madre.)

ESCENA XIII.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. Luisa.
(Reparando en los padres.)
Vosotros tambien? Qué es esto?
En el cuarto de mi padre!
¿Qué haceis en este aposento?
MILLER. Parece que el presidente,
baron, ha querido veros...
FERN. (Con extrañeza.)
Veros aquí? No adivino...
MILLER. Ni yo tampoco lo entiendo.
LUISA. Pero tú, Fernando mio,
no me dejarás, ¿no es cierto?

FERN. Dejarte yo en este instante
que vengo de orgullo lleno!
LUISA. Viste á Milady?
FERN. (Con arrogancia.)
La he visto.
LUISA. (Celosa.) Ah! sí, por algo mi pecho
se agitaba hace un instante
con rudo estremecimiento!
FERN. Aquí mismo en este cuarto
la he pintado el hondo afecto
que siento por tí!
LUISA. (Con alegre ternura.) Veis, padre?
dudareis mas?
FERN. Bueno es ello!
¿Quién duda de vuestro esposo?
MILLER. Cómo!
FERN. (Resuelto.) Qué importa no serlo
ante el mundo, ante los hombres,
si á jurar voy ante el cielo?
Luisa, tu mano en mi mano,
y escucha mi juramento.
(Se dan la mano.)
«Que en la hora de mi muerte
me abandone el Ser Supremo,
si por miedo ó cobardía
se rompe este lazo estrecho,
que, por el amor formado,
será cual mi amor eterno.»
LUISA. (Abrazándose á él.)
Fernando!
SRA. ¿Ves cual la adora?
¿Y ahora, qué me dices, terco?
MILLER. Digo... no sé lo que digo;
esto es grave; allá veremos.
LUISA. Tu padre. (Viendo al Conde.)
MILLER. (Á su señora.) Mira quien llega.
SRA. (Jesús! el Conde!) (Á Miller.)
MILLER. (Silencio!)

ESCENA XIV.

DICHOS, el CONDE, pálido cierra la puerta del foro.

CONDE. (Mirando á su hijo de reojo mientras cierra la puerta.)
(Oh, te juro por mi nombre
que de mí te acordarás!)
FERN. Padre!
CONDE. (Como si no lo hubiera visto.)
Eh! hola! Ahí estás?
me alegro!
(Á Miller.) Quién sois, buen hombre?
MILLER. Me llamo Miller, señor.
CONDE. Y esta mujer?
MILLER. Es mi esposa.
SRA. Sí, la madre cariñosa...
CONDE. (Interrumpiendo.)
Ya sé; mejor que mejor.
LUISA. Fernando!
CONDE. (Airado.) ¿Quién osa hablar?
FERN. (Á Luisa.)
Ten valor; nada te aflija.
Sostened á vuestra hija,
(Á Miller, con firmeza.)
porque se va á desmayar.
CONDE. Tan tierna es esa mujer?
Vaya un ser más delicado!
FERN. Padre! (En tono de reconvencion.)
CONDE. (Apartando á su hijo.)
No tengas cuidado,
que pronto la haré volver.
(Se dirige á Luisa.)
Una respuesta reclamo:
¿de qué tiempo es vuestro amor
para mi hijo?
FERN. (Anticipándose.) Ah! señor!
ya hace un año que la amo.
CONDE. Un año ya! de esa suerte,
¿le tendreis bien conocido?
FERN. Mucho.

CONDE. Y bien, ¿qué os ha ofrecido?
FERN. Adorarla hasta la muerte.
CONDE. No hablo con vos, caballero.
FERN. Para el caso, qué más da?
CONDE. Puesto que lengua tendrá,
que ella me responda quiero.
FERN. (Á Luisa.)
Bien; depon todo cuidado
y dí cuanto he prometido.
LUISA. (Con temor.)
Señor, amarme ha ofrecido.
FERN. (Con energía.)
Qué es ofrecer? Lo he jurado.
Contéstale así en conciencia,
puesto que yo no me escondo.
CONDE. (Irritado.)
Oh! callad, ó no respondo,
Fernando, de mi paciencia.
(Momento de pausa, dirigiéndose á Luisa con intencion.)
Y os paga bien ese amor?
FERN. Padre, ¿su amor mercenario?
CONDE. Donde hay oficio hay salario.
FERN. Padre!
MILLER. (Dando un paso hácia el presidente.)
Qué decís?
LUISA. (Con espantosa energía.) Señor!
¿Qué profiere vuestro acento?
Mercenaria mi pasion?
(Á Fernando.)
Libre sois, señor baron,
libre desde este momento.
FERN. Padre mio!
CONDE. Basta ya.
FERN. No, que honor aquí reside,
y el honor respetos pide
en donde quiera que está.
CONDE. Respetos?
FERN. Yo os los exijo.
CONDE. Bueno fuera por mi vida!
¡Respetos yo á la querida,
la querida de mi hijo!

MILLER. Conde! (En actitud amenazante.)
SRA. Infame!
(Luisa, con dolor, se arroja en los brazos de su padre.)
CONDE. ¿Cómo osados
contra mí?
FERN. (Tirando de la espada.) Cicuta bebo!
Padre, oid: la vida os debo, (Envainando.)
pero ya estamos pagados.
No me empujeis hácia el mal,
que hombre soy, ciño una espada,
y está la deuda pagada
de mi deber filial.
MILLER. Conde, devoro la mengua
que haceis hoy á la honra mia,
mas Dios me pondrá algun dia
donde os arranque la lengua.
CONDE. Todos en rebelion?
Me alegro, voto á mi nombre.
Hola! á una torre ese hombre;
(Á los guardias.)
ellas á una correccion.
FERN. (Interponiéndose.)
Padre mio, aunque no os cuadre,
oid: dentro de mi pecho
hallo un sitio oscuro, estrecho,
donde ese nombre de padre
pienso que aún no ha resonado.
Por Dios, por esta mujer,
no me hagais retroceder
á ese lugar apartado.
CONDE. Eh! qué necio desvarío!
Ve que cansándome vas!
Cumplid lo que mando.
FERN. (Desnudando la espada.) Atrás!
(Á los guardias.)
Ni un paso más, padre mio.
CONDE. Si es tal tu resolucion,
acomete, hiere, acaba.
FERN. Padre!
(Vacilante entre la cólera y el respeto.)
CONDE. Veamos si se clava

tu espada en mi corazon.
(Muestra el pecho.)

FERN. No, no temais que este acero
en vuestra sangre se tiña;
mas tercio sobre esta niña
mi espada de caballero.

CONDE. Vuestra espada! estais en vos?
no veis que os tiembla la mano?

FERN. Teneis razon; si esto es vano.
(Arroja la espada.)
¿No tiene justicia Dios?
Á él cedo vuestro castigo.
(Á los guardias.)
Llevadlos, por Belcebú! (Á Luisa.)
Vé pues! Donde vayas tú
irá Fernando contigo.
(Los guardias se llevan por la puerta secreta á la familia Miller.)

ESCENA XV.

FERNANDO, el CONDE.

FERN. Va á la correccion? (Con energía.)

CONDE. Oh! sí, (Satisfecpo.)
que así lo quiere su estrella.

FERN. Pues, padre, parto con ella,
y á esperaros voy allí.
Y con acento potente
diré al pueblo allí agrupado
cómo mi padre ha llegado
al puesto de presidente.

CONDE. Cómo! tú sabes!... horror! (Espantado.)
Fernando, mi amor, mi gloria!

FERN. (Desde la puerta que cierra tras sí.)
Id; no empezaré la historia
hasta que llegueis, señor.
(Sale por el fondo.)

ESCENA XVI.

El CONDE DE WALTER, desconcertado.

Oh! me burla Lucifer!
sabe mi crímen impío!
Baron! Fernando! hijo mio! (Llamando.)
Hola! pronto! esa mujer!
(Cae en un sillon ocultándose el rostro con las manos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Habitacion de Miller.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE DE WALTER y WURM.

WURM. Pero, señor, ¿qué sucede?
¿Qué busca aquí su excelencia?

CONDE. (Despues de recorrer la habitacion.)
Nadie! no ha venido nadie.
Esta casa está desierta!
Confieso que tengo miedo;
todo me asusta y me altera.

WURM. ¿Temeis que su negativa
con Milady os comprometa?

CONDE. Ahora no se trata de eso
señor Wurm; la cosa es séria,
muy séria; estamos perdidos
si el cielo no lo remedia.

WURM. Cómo?

CONDE. Aquel niño dormido
en cierta noche, ¿te acuerdas?

WURM. El veintiseis de Diciembre;
¿no os referís á esa fecha?

CONDE. Sí; me refiero á esa noche

cuyo recuerdo me inquieta.
Mi predecesor y hermano,
de una horrible angustia presa,
pidió de beber; con ánsia
apuró una taza llena
de no sé qué... tú los sabes;
la taza estaba á tu diestra;
¿qué echaste allí? Dios eterno!
aún me espanta aquella escena.
Llevó sus manos al pecho
lo mismo que el que se quema;
rígido se alzó en la cama
y cayó á poco sin fuerzas:
quiso gritar y no pudo,
que encontró muda su lengua.
Despues, nada; ni un suspiro,
ni un ay! la quietud eterna.

WURM. Bien! y qué? tales recuerdos...

CONDE. Ah, Wurm, en la noche aquella,
su hijo, al parecer dormido,
no dormia, estaba en vela.
Lo sabe todo! hace poco
con desusada fiereza
me amenazó: nieve y miedo
corrió á la par por mis venas,
y por cerrarle los labios
mandé que al punto pusieran
en libertad á Luisa;
pero ya ves, ni él ni ella
están aquí. ¿Dónde han ido?
dónde están? ¿por qué no llegan?
Habrán ido á delatarme?
Ah! Wurm! me espanta esta idea!

WURM. Y ella está libre?

CONDE. Está libre.

WURM. Entónces, qué os amedrenta?
puede que el baron abrigue
quizás alguna sospecha;
pero, bah! será tan débil,
tan vaga reminiscencia,
que no hallará en sus recuerdos
ni aun el rastro de su huella.

Ademas que era muy niño,
y hoy si no os ama, os respeta,
y por honor de su raza
ocultará cuanto sepa.
Bah! no está todo perdido.
¿Quereis fiarme esta empresa?

CONDE. Wurm, ¿cuáles son tus intentos?

WURM. No siempre la línea recta
es la mejor, os he dicho:
quizás quien la curva emplea
llega más pronto.

CONDE. No entiendo.

WURM. Basta con que yo me entienda.
Luisa volverá á su casa,
dejadme solo con ella.

CONDE. Pero...

WURM. Dentro de una hora
puede volver su excelencia,
y si aquí encuentra á su hijo,
otórgale cuanto quiera
sin temor.

CONDE. Cómo?

WURM. Quién sabe!
puede que el odio suceda
á tanto amor.

CONDE. No te entiendo;
mas pues que tú lo quieres, sea,
que á veces pienso que el diablo
es quien te sopla á la oreja.

WURM. Silencio, ¿ois? Alguien sube.

MAR. (Dentro.) Qué demonio de escalera.

WURM. (Vivamente.)
El Mariscal! idos presto.
El diablo ó la Providencia (Sonriendo.)
pone siempre en mi camino
quien ayude mis empresas.
Tornad pronto y sin cuidado.

CONDE. (Saliendo.) Dios ó el diablo te proteja. (Váse.)

ESCENA II.

El MARISCAL y WURM.

Al salir el Conde penetra el Mariscal, que se queda atónito al ver que no le saluda.

MAR. Miller, á ver si ese duo
podreis ensayarme ya!
(Viendo salir al presidente.)
Oh! primo! calla! y se va
silencioso como un buho!
(Reparando en Wurm.)
Hola, señor secretario,
¿podeis decirme qué ocurre,
que así mi primo se escurre
como huyendo de un contrario?
¿Mi presencia le hace mal?
WURM. Oh! no le hagais tal ofensa:
harto sabeis que os dispensa
un cariño fraternal.
MAR. ¡Como va tan distraido
que apenas me ha saludado!
WURM. Qué! ignorais lo que ha pasado?
MAR. Nada sé: qué ha sucedido?
WURM. Una friolera, por Dios,
que está en crisis su privanza,
y esa crisis os alcanza
lo mismo que al Conde á vos.
MAR. Á mí, Wurm? Á ver, á ver;
qué crisis del diablo es esa
que á mí tambien me interesa
y que me puede perder?
WURM. Ya conoceis esa union
con Milady proyectada.
MAR. Ah! sí; una boda arreglada
con notable prevision.
Con ella se consolida
el poder del presidente.
WURM. Pues eso precisamente

provocará su caida.

MAR. (Aturdido.) Eh! qué? á ver? tal confusion!
no es posible, el diablo os ciega.

WURM. Es que á esa boda se niega
vuestro sobrino el baron.

MAR. Se niega! Dios de justicia!
Negarse ese desdichado!
Diablo! y yo que he circulado
por palacio la noticia!

WURM. Ya veis! falta de respeto!

MAR. Falta! ¡Si es más que un insulto!

WURM. Claro! Y ella se irá al bulto
creyéndoos en el secreto.

MAR. Qué secreto?

WURM. Que el baron
ama á otra!

MAR. Dios sagrado!
Vamos, ese desgraciado
va á causar mi perdicion!
Vaya una disculpa bella!
Buena Milady estará!
Que ame á otras mil, ¿qué mas da?
pero que cargue con ella.

WURM. Es que falta lo peor!

MAR. Cómo?

WURM. Bolk, que es cortesano,
pide á Milady la mano:
y si la obtiene...

MAR. Qué horror!
Bolk, mi mortal enemigo,
un genio de Barrabás!
Oh! querido Wurm, no hay más,
esto da al traste conmigo.

WURM. Esa misma exclamacion
hizo el Conde sin rebozo.

MAR. Pero Wurm, vos que sois mozo
de provecho y de intencion,
¿en nuestro mútuo interés
no podreis hallar remedio
á este asunto?

WURM. (Pensativo.) Solo un medio
se me ocurre.

MAR. Y bien, ¿cuál es?
WURM. Cuál? despertar los recelos
del baron contra su dama.
MAR. Despertar... eso se llama
en buen romance, dar celos.
WURM. Cabal!
MAR. Remedio es por Dios
muy sencillo de aplicar.
¿Y bien, ¿quién los ha de dar?
WURM. Pues ello está claro! Vos.
MAR. Yo, señor Wurm, Estais loco?
Si mi sobrino se irrita...
WURM. Es que la niña es bonita;
muy bonita.
MAR. (Satisfecho.) Eh? poco á poco.
Muy bonita?
WURM. Un serafin!
La hija de Miller.
MAR. Canario!
¡La hija de ese estrafalario
mal rascador de violin!
WURM. Que os ama!
MAR. Cómo!
WURM. Sin tasa.
Yo sé que os ama sin tino,
por eso vuestro sobrino
no os da entrada en esta casa.
MAR. Conque ella... (Con aire conquistador.)
WURM. Sí...
MAR. (Restregándose las manos.)
Es singular!
me adora?
WURM. Con desvarío!
MAR. (Con fatuidad.)
Pues por Dios, sobrino mio,
que me la habeis de pagar.
¿Y qué debemos hacer,
que ya la cosa me incita?
WURM. Nada, acudir á una cita
que os va á dar esa mnjer.
MAR. Á dónde?
WURM. Aquí.

MAR. ¿Estais seguro?
WURM. Pues no?
MAR. Vendré sin demora.
Cuándo?
WURM. Dentro de una hora.
MAR. Wurm, ¿no os burlais?
WURM. Yo os lo juro.
MAR. ¡Qué chasco más soberano!
Al verse burlado...
WURM. Pues;
irá á arrojarse á los piés...
MAR. Á dar á Lady su mano.
No es verdad?
WURM. Justo y cabal.
MAR. Y Bolk será derrotado.
WURM. Y todos se habrán salvado.
MAR. Todos...
WURM. Y vos, Mariscal.
MAR. Ah! Wurm! dejad que en mi pecho
os estreche como amigo.
WURM. Tanto honor!
MAR. Ah! yo os lo digo, (Abrazándole.)
sois un hombre de provecho.
Adios; voy por los salones
su derrota á publicar.
WURM. Bravo! así!
MAR. (Saliendo.) Me ha de pagar
sus malditas intenciones.
(Sale por el fondo.)

ESCENA III.

WURM.

Y habrá quizás quien pregunte
¿para qué sirven los necios?
Pues sin ellos ¿qué serian
los hombres de chispa y genio?
Allá va ese pobre tonto
á toda infamia dispuesto,
por conservar en palabra

su papel de bufon sério!
¡Qué humanidad más pequeña
y más digna de desprecio!
Álguien sube... ¿Será ella?
aquí me escondo y veremos,
pues que el diablo está conmigo
me ayudará en mis intentos.
(Se oculta en la habitacion de la derecha.)

ESCENA IV.

FERNANDO y LUISA.

LUISA. (Contemplando la soledad de la casa.)
Mis pobres padres!
FERN. No temas;
está tranquila por ellos.
LUISA. Que esté tranquila!... Ay, Fernando,
cómo tranquila estar puedo
si al par de mis ilusiones
mis esperanzas han muerto.
FERN. ¿Que tal digas siendo libre?
¿No has visto cómo á mi acento
las puertas de tus prisiones
de par en par se han abierto?
Oh! Si á tus padres retienen
una hora más, yo te ofrezco
hacer que á mis labios salga
lo que se esconde en mi pecho.
LUISA. Oh! no, imposible; imposible!
¿Cómo usar de tal secreto
contra tu padre?
FERN. Mi padre!
si dudo que pueda serlo!
si no lo es!
LUISA. (Cerrándole los labios con las manos.)
No blasfemes!
FERN. Oh! Dios sabe si blasfemo!
Á veces aquí en mi mente
se pintan tantos sucesos!...
LUISA. Sueños quizás!

FERN. Ah! Luisa!
Tambien son verdad los sueños,
que á veces la Providencia
avisos nos da con ellos.
(Cambiando de tono.)
Pero sueños ó verdades
¿qué necesidad tenemos
de recurrir á una lucha
que ofende acaso á los cielos?
Tú y yo! para nuestra dicha
qué más, mi vida, queremos?
¿No basto yo á tu ventura
cómo bastas tú á mi anhelo?

LUISA. Fernando, no te adivino.
Qué quieres decir con eso?

FERN. Que no me entiendes? Luisa!
¿Allí donde nos amemos
no tendremos una patria?
La patria es el universo
para mí; si estás conmigo
será mi patria el desierto.
Por qué no huir de estos sitios?
Partamos lejos, muy lejos,
que donde quiera que huyamos
no han de faltarnos, por cierto,
sol que vida nos infunda,
aire que nos preste aliento.
Si no tenemos palacios
una cabaña tendremos,
quizás á orillas de un rio,
quizás de un bosque en el centro.
Y al murmullo de las ondas
y al arrullo de los fresnos,
uniremos nuestras voces,
que en amoroso concierto
cantarán las alabanzas
del Ser divino y supremo
que en el espacio infinito
da á los mundos movimiento.

LUISA. Y ántes de tu amor, Fernando,
no tienes otros afectos
que respetar?

FERN. No, ninguno;
tu amor en mí es lo primero.
LUISA. Ah! yo tengo un padre anciano,
una madre anciana tengo,
y ambos en mí se contemplan
cual si yo fuera su espejo.
FERN. Ambos vendrán con nosotros
al punto en que nos fijemos.
LUISA. Ah! sí; y á cualquiera parte
irá á buscarnos el eco
del acento de tu padre,
que, en son airado y soberbio,
maldecirá nuestra dicha
y la gloria que alcancemos.
Oh! Fernando, á tanta costa
perderte mas bien prefiero.
FERN. Luisa! mi bien!
LUISA. Nadie pierde,
nadie pierde mas que aquella
que posee; mas tu Luisa
qué tiene ya? ya qué tengo?
tuve esperanzas un dia
que ha desvanecido el viento.
FERN. Dios mio! me desesperas.
LUISA. Por qué me miras con ceño?
merezco acaso tus iras?
tu compasion no merezco?
Ah! mírame dulcemente,
mírame en calma y risueño,
como se mira á los niños
que piden al fuerte aliento.
Por qué negar á mi pena
del heroismo el consuelo?
Déjame volver á un padre
el hijo sumiso y tierno.
Pues qué, ¿no tengo la culpa
de cuanto está sucediendo?
Tu amor me cegó cual ciega
la viva lumbre del cielo,
y Dios, por mirar tan alto,
me abate y su pena acepto.
FERN. (Desesperado.)

Me pides que te abandone,
que te olvide, yo que quiero
dar por tu amor al olvido
honor, patria nacimiento!

LUISA. Oh! Walter, ¿por qué te irritas?
¿por qué no escuchas mi ruego?
olvídame. Tú mereces,
tú eres digno de otro empleo.
En ese mundo que vives
encontrarás sin esfuerzo,
cuna, juventud, belleza,
gloria, virtud; todo eso
harás que dentro de poco
des quizá al olvido eterno
á la pobre bellorita
perdida en el musgo espeso
del campo!

FERN. Qué dices?

LUISA. Vete;
déjame; si nada espero!
Contra el poder de tu padre
es inútil todo empeño.

FERN. (Despues de un momento.)
Por última vez, Luisa,
escúchame: estoy resuelto
á abandonar la Alemania;
contigo ó sin tí me ausento.
Tendrás valor de dejarme
partir solo?

LUISA. Sí lo tengo;
mis padres quieren morirse
donde sus padres murieron.
Cómo dejarlos, Fernando?
Cómo llegar al extremo
de obligarles á que espiren
lejos de su patrio suelo?

FERN. Luisa... vuelvo á las prisiones;
vendré con tus padres presto:
piensa entre tanto y decide,
decide en tanto que vuelvo.
Ve que llevo el alma enferma
y que va mi vida en ello.

LUISA. Adios, Fernando!
FERN. (Dios mio!
¿qué temor me rasga el pecho?)

ESCENA V.

LUISA.

Oh! pobre corazon mio!
¡pobre corazon doliente
seco ya cual la corriente
que absorbe el sol del estío!
Pobre corazon vacío
sin esperanza de amor!
Cómo infundirás valor
á quien te guarda en el pecho
si en él te encuentro deshecho
por las iras del dolor?
Se puede esperar, creer,
cuando en tí el amor no anida?
Ay, sí; que tambien en vida
la que nace del deber.
Dios supremo, eterno ser,
tú que miras mi dolor,
dame el aliento y valor
que hoy te exige mi martirio,
porque amando con delirio
te sacrifico mi amor.

ESCENA VI.

LUISA, LADY MILFORD, SOFIA, en el fondo.

SOFIA. (Á Milady.)
Sí, señora, era él!
LADY. Es tan escasa
la luz de ese farol agonizante...
SOFIA. No importa: he descubierto su semblante.
LADY. Entónces, entra pues, esta es su casa.
¡Casa humilde en verdad!
SOFIA. (Con mofa.) Á esto os inmola?

Ah! ved... una mujer!

LADY. Calla! Está sola!

LUISA. Cielos! ¿quién anda ahí...

LADY. (Con cierto desden.) Yo, señorita,
que á Miller vengo á hacer una visita.

LUISA. No está en casa, señora.

SOFIA. (Á Lady Milford.) (Pues es bella.)

LADY. Sois acaso su esposa ó su doncella?

LUISA. (Con dignidad.)
Soy su hija.

LADY. Ah! perdon! con ese porte...
(Con impertinencia.)
¡Ni siquiera lo hubiera presumido!
Oh! muy bella! ¿sabeis que por la córte
estais haciendo hoy mucho ruido?

LUISA. (Conteniendo su ira.)
Yo, señora?

LADY. Y está justificado!
Sois muy linda, pardiez!

LUISA. (Con ira.) (Impertinente.)

LADY. Por qué mirarme con el ceño airado?

LUISA. Señora!

LADY. Qué teneis? bajais la frente!
estais muy agitada! Habeis llorado?

LUISA. Ah! señora, no sé qué responderos;
decidme, á qué venís?

LADY. Á conoceros:
me han hablado de vos tan largamente,
que al pintaros más bella que una perla...

LUISA. (Interrumpiéndola con ira.)
Habeis dicho curiosa: «voy á verla.»

LADY. Y habeis adivinado exactamente.

LUISA. (Oh! Dios mio!)

LADY. (Sonriendo.) Ademas vengo movida
de cierta compasion; en mí reside
la caridad que á proteger convida...

LUISA. (Estallando.)
Me ofreceis compasion! Quién os la pide?

LADY. Soberbia pareceis!

LUISA. Sí, por mi vida;
que á fe que es justo que os responda airada
la que se ve ofendida y humillada.

LADY. Me conoceis quizás?

LUISA. Oh! no os asombre!
no os he visto hasta ahora;
pero mi pobre corazon, señora,
me da en cada latido vuestro nombre.

LADY. Y por él me mostrais tal entredicho?
Oh! qué importa? mi labio os lo repite.

LUISA. (Interrumpiéndola.)
Señora, no sigais! Quién os ha dicho
que yo de vuestro amparo necesite?

LADY. Oh! muy bien; callaré si eso os fatiga;
más ya que estoy aquí, dejad que os hable
con el afecto tierno de una amiga.
Sin duda que creeis que perdurable
como la vida eterna,
ha de ser ese brillo inimitable
de vuestra fresca tez: la risa tierna,
la luz de esa mirada que provoca,
que como el sol en el cénit oscila,
una se borrará de vuestra boca,
otra se apagará en vuestra pupila.
Si alguno regalando vuestro ido
os ha dicho otra cosa,
no lo creais; con lengua licenciosa,
por esforzar su amor, habrá mentido.
Vendrá la vejez fria
un dia sobre vos, y en ese dia,
en vano buscareis á vuestro lado
al amante galan que enamorado
amor hasta la muerte os prometia.
Ah! y entónces, ¿qué hareis? Desconsolada
al mundo tornareis vuestra mirada,
y con dolor profundo,
al ver que el mundo para vos es nada,
direis: «mal haya amen la desdichada
que desdeñó los bienes de este mundo!
Creedme, señorita;
por algo Dios os manda esta visita;
y aunque os moleste en ella,
permitidme que os diga y os repita,
que siempre de un apoyo necesita,
la que nacida con menguada estrella

y en miserable cuna,
no encontrará refugio en su fortuna
al dejar de ser jóven y ser bella.

LUISA. Mucho por mí vuestra piedad se agranda;
¿por qué tanto interés? No sé, lo ignoro;
pero á más de la voz de mi decoro,
otra voz siento en mí que audaz me manda
rehusar vuestra piedad; porque en conciencia,
no lo tomeis á ultraje,
casa mal vuestro traje con mi traje;
pues las dos por extraña coincidencia,
ofrecemos al mundo en maridaje,
vos el vicio real, yo la inocencia.

LADY. (Airada.)
Oh! niña... ¿qué decís?

LUISA. El son esquivo
conque me hablais, señora, de mi suerte,
harto claro me advierte
que otro de esa piedad es el motivo.

LADY. Ay de vos si mi orgullo se afianza
á esa oculta razon!

LUISA. Que temer puedo?
Creeis que tenga miedo
al tremendo rigor de una venganza?
Oh! tan alta ha subido
hoy en mi pecho la desdicha mia,
que dudo que al pasar por la agonía
pueda ser mi dolor más del que ha sido!
Queréisme hacer feliz? Es oportuna
esa oferta á mi ver: ¡pobre señora!
Vos que así disponeis de la fortuna,
decidme, ¿sois feliz? Si acaso ahora
yo, que de la virtud gozo la calma,
os prepusiera con menguado tino
trocar por vuestra suerte mi destino
y trocar por mi alma vuestra alma;
¿no aceptarais el cambio en el momento
con intensa alegría?
No me digais que no, señora mia,
si no quereis que os venda el sentimiento.

LADY. Pues bien; ya que leeis en mi flaqueza,
dejad el tono esquivo,

yo depondré tambien mi acento altivo
y hablaremos las dos con más franqueza.

LUISA. ¿Qué me quereis decir?

LADY. Deciros quiero
que debeis renunciar al que os inspira
ese orgullo inflexivo y altanero.

LUISA. ¿Que renuncie á su amor?

LADY. Sí; qué os admira?

LUISA. (Sonriendo con dulzura.) Vuestra razon delira!
Y porque yo renuncie... empeño vano,
¿pensais quizás que lograreis su mano?
No espereis, no, que os ame
porque renuncie á él! No es tan infame!

LADY. Ah! no! no tengo de él tan ruin idea.
Noble es; es leal; es caballero;
mas le amo tambien, é impedir quiero
no siendo yo feliz que otra lo sea.
Será infamia, locura;
(Movimiento de Luisa.)
mas destruir de mi rival la dicha,
es para mí no un bien, es la ventura.

LUISA. Oh! ¿por qué os calumniais? por qué ese [alarde
(Con dulzura y exaltándose.)
de tan mal corazon! Si no es posible
que seais tan ruin ni tan cobarde!
Si se está reflejando en vuestra frente
todo cuanto sentís! Si el labio miente.
Si lo llevais sobre la cara escrito!
Si para vos no es crímen ni delito
el delito de amar á mi Fernando,
al hombre mismo á quien estais amando
con el amor que yo, que es infinito!
¿No es verdad que el despecho os estravía?
Hablad tal como sois!

LADY. Ah! Sí, hija mia!
(Tendiéndola los brazos.)
teneis razon; mi pecho no es de roca,
perdon si os ofendí, yo estaba loca
cuando amenazas tales profería.
Ahora sí que os ofrezco
mi leal proteccion; ya os es propicio
mi afecto y mi poder; presa del vicio,

yo no soy digna de él, no lo merezco.

LUISA. ¡Señora!

LADY. No os asombre!
Sois un ángel... ¿le amais? tendreis su nom-
tendreis riquezas, galas, [bre.
respeto sin segundo;
justo es que la virtud tienda sus alas
y con régio esplendor deslumbre al mundo.

LUISA. Oh! por Dios, no os burleis!

LADY. ¿Quién dudar osa
de lo que ofrezco yo? Sereis su esposa.
Mañana que abandono
la córte y el poder, que dejo el trono,
al príncipe real, en justa paga
de mi pasado amor, diré que os haga
feliz con él.

LUISA. Oh! Dios!

LADY. Y estad segura
de que el príncipe hará vuestra ventura.

LUISA. Ah, señora!

LADY. No mas: tan sólo os pido
que en premio de mi anhelo,
no echeis mi pobre nombre en el olvido;
orad por mí cuando rogueis al cielo.

LUISA. Ah! Sí, bendita vos, señora mia,
que aún me traeis un rayo de alegría;
vos, que sois para mí grato rocío.

LADY. (Qué más quereis, Dios mio?)

LUISA. Os vais? (Besándola una mano.)

LADY. (Despues de un momento.)
No puedo más. Vamos, Sofía.

ESCENA VII.

LUISA.

Ser mi esposo, ser mi dueño!
próxima yo á tal ventura!
Si esto parece locura!
Si esto me parece un sueño!
Ella afirmó con empeño,

y por indigna se dió:
desdichada! ¿cómo no?
Cómo no? Creo, confio!
quién puede hacerle, Dios mio,
más venturoso que yo?
Sin embargo, á mi pesar
no quiero hacer de esto alarde:
la desdicha es tan cobarde
que ni aún se atreve á esperar.
Oh! no puedo respirar.
Toda mi sangre está aquí.
(Señala al corazon.)
Por qué tiemblo? por qué así
todo me asusta y me pasma?
Ay! es que veo un fantasma
siempre delante de mi.
(Wurm, que ha salido á la mitad de esta décima, se ha colocado como si acabase de entrar en la puerta del fondo, y Luisa al verle retrocede.)

ESCENA VIII.

LUISA, WURM.

LUISA. Jesús!
WURM. Yo soy, señorita;
no os asusteis: buenas noches.
LUISA. Quién sois? ¿Qué quereis?
WURM. Miradme;
deponed vuestros temores:
soy yo, yo, Wurm, vuestro amigo!
LUISA. ¡Ah! sí! (Procurando reponerse.)
(Qué busca este hombre?)
perdonad, pero estoy sola...
WURM. Oh! ya lo sé: por el Conde
he sabido los sucesos
que hoy han pasado en la córte;
y á pesar del desacato
he corrido á las prisiones.
LUISA. (Con vivo interés.) Y qué?
WURM. Á vuestro padre he visto

LUISA. Oh! le habeis visto! (Con ansiedad.)
WURM. Sí, el pobre
le han puesto en un calabozo
bien fatal!
LUISA. Dios me perdone.
(Conteniendo su ira.)
WURM. Ah! tambien á vuestra madre
he estado á ver; sus clamores
me han atravesado el alma,
y con razon. ¡Es enorme
su tormento! Anciana, sola,
envuelta en perpétua noche...
LUISA. Madre mia! almas infames! (Desesperada.)
WURM. Por Dios, no deis esas voces.
El presidente... (Con recelo.)
LUISA. Es un tigre.
WURM. Pues por lo mismo, si os oye!
Está como nunca airado,
y Dios tan sólo conoce
el mal que pueden causaros
sus tremendas intenciones.
Si vos fuérais razonable,
accediérais á los nobles
deseos de vuestros padres,
que en vos su esperanza ponen.
LUISA. Oh! sí; decidme, ¿qué piden?
WURM. Piden que olvideis al jóven
causa de tanta desdicha,
causa de tantos dolores.
LUISA. Oh! sí; comprendo, Dios mio!
comprendo lo que eso esconde.
(Mirándolo fijamente.)
Hablad, señor secretario,
hablad claro, ¿qué suponen
tales palabras? mis padres
deben sufrir más rigores
del presidente?
WURM. Quién sabe!
fácil es, tiene razones
de tanto peso, y le irritan
de un modo vuestros amores!...
LUISA. Seguid...

WURM. Si yo no sé nada!
nada; mas si el dique se rompe
de su soberbia...

LUISA. Hablad claro.

WURM. Que más quereis? Cuando acoge
un mal pensamiento...

LUISA. Entiendo.

WURM. Entónces... Qué sé yo! entónces,
capaz es de cualquier cosa.

LUISA. (Con despecho.)
Triste oficio! oficio innoble
es el vuestro! ¡qué mezquino,
qué despreciable es el hombre
que cual vos, viene á gozarse
en el llanto de una pobre
mujer sola y perseguida
por los enojos de un prócer!
Mirad; aunque cada angustia
arrancada á los dolores
de un corazon, me valieran.
no sé, un raudal de millones,
señor Wurm, no aceptaria
la mision que se os impone.

WURM. Pues que interpretais, Luisa,
de tal modo mis favores,
permitid que me retire
(Con ademan de retirarse.)
y que esta casa abandone.
Pronto quizá vuestro padre
mi auxilio y favor implore,
y acaso cuando sea tarde
ireis á hablarme en su nombre.

LUISA. (Deteniéndole.)
Esperad. ¿Qué temer debo
por mis padres?

WURM. ¡Dios me otorgue
más vida que la que pueden
gozar en poder del Conde!

LUISA. (Con ademan de salir por el fondo.) Ah!

WURM. Dónde vais? (Deteniéndola.)

LUISA. Á Palacio
á ver al duque: él dispone

de la justicia!

WURM. Inocente!
(Riendo maliciosamente.)

LUISA. Veré á Lady Milford!

WURM. (Deteniéndola.) Torpe!
qué vais á hacer? Lady Milford
deja mañana la córte;
os presentará al gran duque
con aviesas intenciones.
Él tiene noticias vuestras;
vos sois bella y él es jóven,
Lady Milford sabe mucho
y adora á Fernando... Conque
decidid de todo esto
lo que más os acomode.

LUISA. ¿Y no salvaré á mis padres?

WURM. Eso es segun y conforme;
el duque es galan y ardiente,
y vos teneis perfecciones
tan relevantes!

LUISA. Dios mio!
Hay tormentos más atroces
que apurar? ¡Vender mi honra!
Ántes morir.

WURM. Se supone.
Quién trata aquí de la muerte
cuando hay remedios mejores?

LUISA. Decid uno.

WURM. Es muy sencillo,
y lo diré aunque os enoje.

LUISA. Cuál?

WURM. Haced que vuestro amante
sus proyectos abandone.

LUISA. Voluntariamente?

WURM. Es claro!

LUISA. Luego quereis que me odie?

WURM. Fuera lo mejor.

LUISA. Dios mio!
qué hacer?

WURM. Salvar á los pobres
ancianos que en vos confian.
Vamos, justo es que recobren

la libertad... Aquí hay pluma,
tintero, papel y sobres;
probad á escribir.

LUISA. Bien, sea! (Esforzándose.)
Dictad.

WURM. Son breves renglones. (Dictando.)
«Tres dias há que no os veo;
»tres dias ya, ¿qué sucede?»

LUISA. ¿Á quién va esto?

WURM. Á quien puede
realizar nuestro deseo.

LUISA. Oh! seguid.

WURM. Teneis temor
al baron, por qué recelo?
(Luisa le mira vacilando.)
Cierto que mucho me cela;
¿mas qué no puede el amor?

LUISA. Ah, no! Dios mio! Escribir
(Se levanta y arroja la pluma.)
tal infamia! no, imposible!

WURM. Luisa! (Con dulzura.)

LUISA. Si esto es horrible! (Desesperada.)
pues no vale más morir?

WURM. Bien; si no quereis librar
á vuestros padres, os dejo.
Pues no seguís mi consejo,
¿qué hacer? Sois libre en obrar.

LUISA. Que soy libre! Oh vil cinismo!
¡Si es para volverse loca!
Que soy libre y me coloca
en el borde del abismo!

WURM. Oh! no; ¿quién habrá que os venza?
Os ruego yo? no me voy?

LUISA. Ay, padre! sí, libre soy,
pues que elijo la vergüenza.
Dictad, dictad; me acomodo
á la deshonra... ¡es mi suerte!
Vendrá muy pronto la muerte
y ella acabará con todo.
(Se sienta y escribe.)

WURM. «Ya sabreis la gran funcion
»que ha movido el presidente,

»y que yo quise valiente
»romper hoy con el baron.»

LUISA. (Llorando.) Oh! señor Wurm, es cruel
forjar esta farsa impía!
Ay, ¡si há poco me pedia
que huyera de aquí con él!

WURM. Sí? seguid.—«El buen baron
»me propone como un loco
»huir con él; dentro de poco
»vendrá á saber mi intencion.»

LUISA. Infame!

WURM. «Estoy muy de prisa;
»no puedo haceros saber
»nada más: venidme á ver,
»que ahora estoy sola.—Luisa.»

LUISA. Bien; y el sobre?

WURM. Al Mariscal
de Kalb.

LUISA. Desconozco el nombre:
¿mas qué importa? No es un hombre?
ese ú otro me es igual.
Tomad: en esos renglones
os doy mi honor á retazos:
ya podeis hacer pedazos
dos honrados corazones.

WURM. Eh! quién sabe!

LUISA. Cómo no?
Dios al culpable maldíga!
Ahora cualquiera mendíga (Llorando,)
vale mucho más que yo.

WURM. Oh! no; conozco un amante
que aún pudiera consentir...

LUISA. Oh! callad: vais á decir (Con fiereza.)
algo odioso y repugnante.

WURM. Tal vez os diera su nombre,
su fortuna.

LUISA. Ah! no por Dios! (Indignada.)
que á ser ese amante vos,
que á ser vos quizá ese hombre,
por no sufrir vuestro yugo,
cara á cara os mataria
y con placer me pondria

en las manos del verdugo.

WURM. Basta, un momento.

LUISA. Acabad.

WURM. Juradme por Dios bendito,
decir que habeis esto escrito
con entera libertad.

LUISA. De salvar estais seguro
á mis padres?

WURM. Lo estoy, sí.

LUISA. Entónces qué me da á mí?
(Casi loca de dolor.)
Por Dios bendito lo juro.
Diré que mi voluntad
dictó esos fieros renglones:
vamos pues á las prisiones
y Dios me tenga piedad.

WURM. No hay una puerta secreta
por aquí?

LUISA. Teneis razon. (Abriéndola.)
Vamos. (Sale.)

WURM. (Si llega el baron,
no hay más, la cosa es completa.)

ESCENA IX.

FERNANDO, despues de un momento.

¿Que es esto? Por qué está sola
esta habitacion? Creia
haber oido su acento
á poco de entrar. (Llamando.) Luisa!
No responde... ah! ya comprendo,
quizá á partir decidida
ahora lo dispone todo
para huir conmigo! Oh dicha!
Lejos de aquí. Si es veneno
cuanto hoy aquí se respira!
Mas por qué tarda? (Entra y sale asustado.)
No hay nadie.
Si está la casa vacía! (Se detiene pensativo.)
Qué habrá pasado, Dios mio!

¿Qué miro? Una carta escrita. (La coge.)
Su letra! Á quién la dirige?
Al Mariscal. ¿Eh? qué indica?
(La lee despavorido y al terminarla se deja caer espantado en una silla.)
Jesús mil veces! Qué es esto?
comprendo su negativa
á huir conmigo. Dios santo!
Conque era su amor mentira?
Si no me atrevo á creerlo!
(Reparando en la carta con ira. Se levanta.)
Ah! sí; si es su letra misma!
su letra! Sí, esta es su letra,
patente, clara, distinta! (Con dolor.)
Ah! ¿conque su voz, su acento,
sus ojos, todo mentia
cuando jurándome amores
me miraba atenta y fija?
Conque cuando yo estrechaba
su mano nerviosa y tibia;
cuando en un solo suspiro
nuestras almas se fundian,
cuando absortos y embebidos
en todo un mar de delicias
se encontraban nuestros ojos,
se encontraban nuestras risas,
y ella me llamaba suyo,
y yo la llamaba mia,
la infame pensaba en otro
y eran falsas sus caricias?
Conque la digna fiereza
con que respondió á las iras
de mi padre, era una farsa?
con que mi padre tenia
harta razon para hollarla,
cuando á costa de mi vida
la hubiera yo defendido
de Dios contra la justicia?
Y yo ciego la adoraba! (Sollozando.)
y ella infame me vendia!
(Reponiéndose y enjugándose los ojos con fuerza.)
Oh! Dios! ¿qué podrá decirme?

qué será lo que me diga
cuando le arroje á la cara
la prueba de su ignominia?
Terrible será el momento,
será mi venganza impía.
Si al pensar en esto lloro...
y al par me mata la risa!
(Riendo histéricamente. Cae al par sollozando en el sitial.)

ESCENA X.

FERNANDO y el MARISCAL.

MAR. Cáspita y cómo os reis!
jé! jé! risa tentadora!
FERN. Oh! Mariscal... ¡Á qué hora,
á qué buen tiempo venis!
MAR. Ah, sí? os haré la partida!
nos reiremos. ¿Qué hay de nuevo?
FERN. Que qué hay de nuevo? Que os debo
la vida, más que la vida.
MAR. Cómo! Á mí, baron!
FERN. Sí tal.
MAR. Cáspita! Á ver! Cómo es eso?
FERN. Figuraos que sin seso
yo amaba á un ser ideal.
¿Qué ideal! Á un ser liviano,
por quien rendido y sujeto
negué á mi padre el respeto,
negué á Milady mi mano.
MAR. Ah! Sí, sí, algo de eso sé.
FERN. Y la amaba tanto, tanto...
MAR. Vamos, que habeis sido un santo;
casi otro casto José.
FERN. Ah! sí!
MAR. Eso es ejemplar;
un amor puro, divino!
de eso en el mundo, sobrino,
hay ya poco que contar.
Apuesto á que otros antojos
ha tenido.

FERN. Sí por Dios.
MAR. Pues gracias...
FERN. (Interrumpiendo.) Á nadie: á vos,
que abierto me habeis los ojos.
MAR. Yo los ojos! no os entiendo.
FERN. Que no me entendeis? Pues ved,
ved esa carta y leed. (Se la da.)
MAR. Ah! Cáspita! Ya comprendo!
Es una carta sin tacha. (Despues de leerla.)
(Devolviéndole la carta.)
Sabeis que escribe muy bien!
Qué diablos! ¿conque tambien
amábais á esa muchacha?
No lo extraño, es tan bonita,
tan bonita... un serafin!
FERN. ¿Conque confesais al fin
que es para vos esta cita?
MAR. Qué si confieso? Pues no?
Mariscal y de mi nombre,
no hay en la córte otro hombre
que pueda ser más que yo.
FERN. Oh! que me place escucharos,
Mariscal.
MAR. Gracias.
FERN. Sí á fé.
Pensad en Dios.
MAR. Eh? Por qué? (Con asombro.)
FERN. Porque aquí voy á mataros.
(Sacando dos pistolas.)
MAR. ¿Matarme? ¡qué atrocidad!
pero estais loco, sobrino?
FERN. Tomad, no soy asesino: (Dándole una pistola.)
dadme una mano, y tirad.
MAR. Á quema ropa! Es cruel!
por qué asi tan furibundo?
FERN. Ah! temeis perder el mundo?
MAR. Claro, que algo tengo en él!
FERN. Ah! sí, sí; teneis razon:
temeis perder una vida
rebajada, envilecida,
sujeta á la humillacion.
Vida que está á mi juicio

fuera de todas las leyes,
que al servicio de los reyes
halaga y fomenta el vicio.
Y es que olvidaba que vos
perteneceis á esa raza
que la moral despedaza
y está maldita de Dios.
Cuando pienso en uno de estos
seres cobardes y osados,
polillas de los estados
y á los estados funestos;
tristes y malvados seres
que de las córtes en mengua,
sólo manejan la lengua
para deshonrar mujeres:
cuando veo con dolor,
que sin razon ni derecho
llevan una cruz al pecho,
que es el premio del valor,
os juro que mi conciencia
contra Dios se volveria,
á no estar cierto á fé mia
de su justa Providencia.
Pues si cierto y verdad es
que esa raza al bien se opone,
al cabo el cielo la pone
de la virtud á los piés.
No sois de esa raza vos?
pues entónces no os asombre,
que á mataros voy en nombre
de la virtud y de Dios.

MAR. Baron! baron, por piedad;
poned coto á ese ardimiento,
y escuchadme un punto atento
que yo os diré la verdad.

FERN. Ah! no; morid con valor! (Le apunta.)

MAR. Socorro!

FERN. En vano es que llame! (Se detiene.)
(Arrojando la pistola sollozando.)
Dios mio! ¿y por este infame
ella ha vendido mi amor?
(El baron va á salir despavorido.)

ESCENA XI.

DICHOS y el CONDE.

CONDE. Eh! Mariscal, poco á poco:
qué teneis que vais de huida?
MAR. Conde, acudid, por mi vida,
que el baron se ha vuelto loco.
(Sale precipitado.)

ESCENA XII.

El CONDE y FERNANDO.

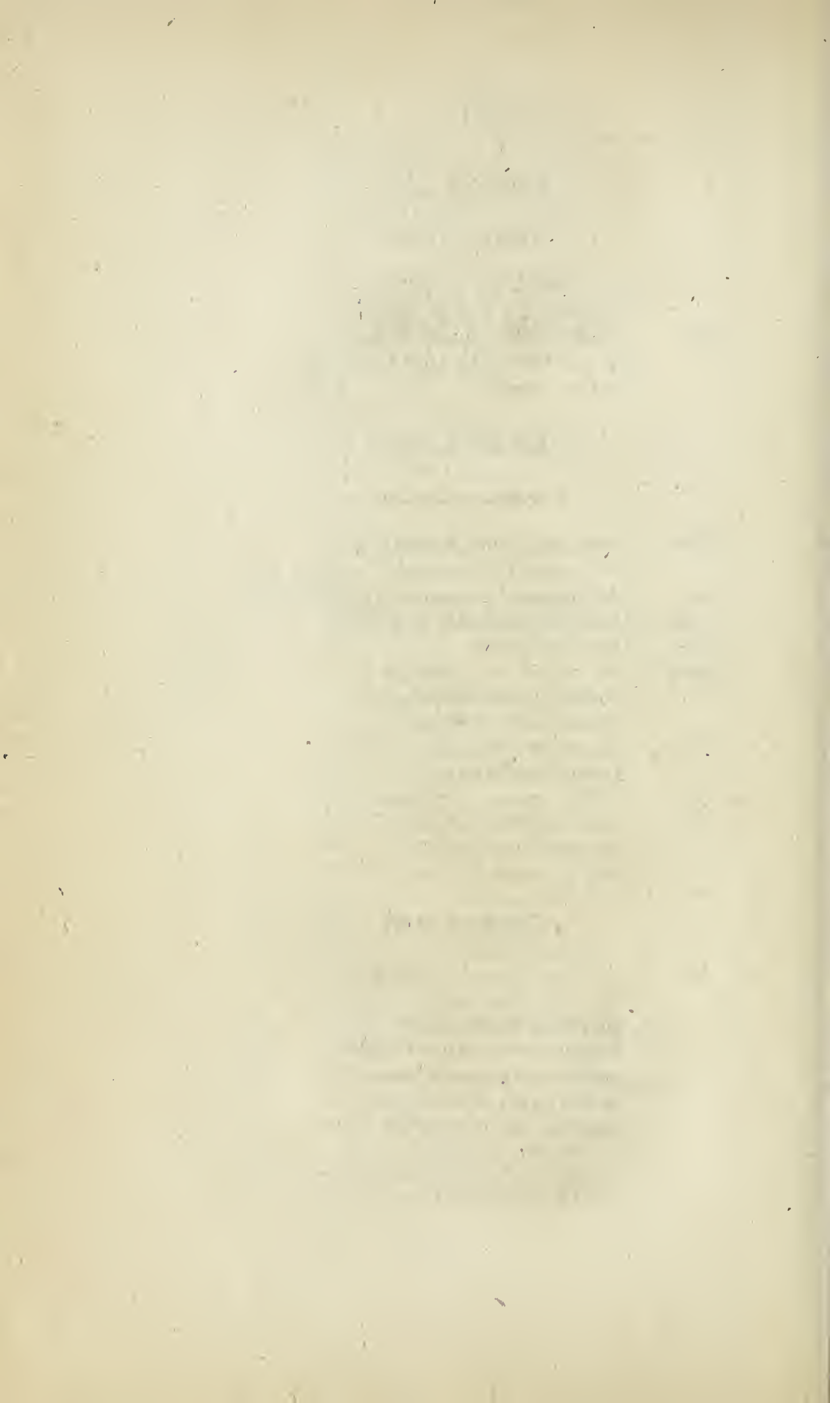
CONDE. Baron! Fernando, Fernando,
qué es eso? tal desvarío!
FERN. Ah! mi padre! (Abrazándole.) Padre mio!
CONDE. Qué tienes que estás temblando?
FERN. Que os he faltado.
CONDE. No tal;
cálmate; yo te perdono,
y perdona tú el encono
con que te traté; hice mal.
Ahora apruebo tu pasion,
Luisa es buena, y yo te ofrezco...
FERN. Luisa! Ah! no; si la aborrezco
con todo mi corazon!
(Sale por el foro.)

ESCENA XIII.

El CONDE, con asombro.

Dice bien Wurm, oh ventura!
cuando se va á lo que importa,
la línea recta es más corta,
mas la curva es la segura.
(Sale tras el baron precipitadamente.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, sentada profundamente pensativa: MILLER, á un lado contemplándola con dolor.

MILLER. (Con ternura.)
Luisa! hija mia!
LUISA. Ligada,
ligada á mi juramento!
soy su esclava! Infame! infame! (Abatida.)
Juré por Dios, no hay remedio.
MILLER. Oh! vuelve en tí.
LUISA. (Sacudiendo su estupor.) Padre mio!
Qué es de mi madre?
MILLER. Ha un momento
que á la casa de su hermana
la llevé: teme el regreso
de ese Wurm de tal manera,
que ante el rumor más pequeño
se echa á temblar de tal modo
que yo á mi vez tambien temo.
Y aunque ella tiene la culpa
de cuanto está sucediendo...
LUISA. Aquí no hay nadie culpable

si no yo.

MILLER. (Con pena.) Me dices eso
con un tono...

LUISA. (Enjugándose las lágrimas.)
Estad tanquilo,
estad tranquilo y sereno.
No lo estoy yo?

MILLER. (Enternecido é irónico.) Sí, Luisa.
¡Si ya me miro en tu espejo!

LUISA. Ay padre! Si he sostenido
un combate tan violento!
Dicen que mi sexo es débil?
Locura! Débil mi sexo!
Cierto que á veces temblamos
ante un peligro ligero;
pero arrostramos la muerte
algunas otras sin miedo.
Descuidad, estoy tranquila:
¿no veis mi rostro risueño?

MILLER. Qué sé yo! Mejor quisiera
contemplar triste tu aspecto.

LUISA. (Levantándose y yendo á la mesa de escribir.)
Yo me burlaré de todos,
de todos, sí; yo lo ofrezco.
Ese Wurm tan miserable
no puede comprender esto.
Ah, sí: el infame ha creido
que es eterno un juramento;
que una vez por él ligado
no será fácil romperlo...
(Deteniéndose con fruicion.)
Imbécil! liga á los vivos,
pero no liga á los muertos.
(Se sienta y escribe.)

MILLER. Qué estás haciendo, hija mia? (Acercándose.)

LUISA. No veis? Estoy escribiendo.
Juré no ver á Fernando,
no volver á hablarle; pero
¿juré no escribirle? Oh! nunca!
nunca! Y le escribo por eso.

MILLER. Es quizás tu despedida?

LUISA. Sí, padre; mi adios postrero.

Vos le entregareis mi carta,
¿no es cierto, padre?

MILLER. (Receloso.) Bien, bueno:
mas á condicion de verla
y saber lo que le has puesto.

LUISA. Ah, bien ¿qué importa? escuchadme;
no entendereis lo que quiero
significarle: esta carta
es más que carta, un misterio;
misterio que sólo él puede
descifrarlo y comprenderlo. (Leyendo.)
«Fernando, una intriga infame
»me impide que aquí te ame;
»quedan rotos nuestros lazos,
»hasta que á sus dulces brazos
»el Ser Supremo nos llame.
»No puedo decirte mas:
»me lo impide un juramento
»que no romperé jamás:
»adios, ya no me verás
»sino allá en el firmamento.
»Pero si á lo que imagino
»quieres viajar de mí en pos
»y ligarte á mi destino,
»te haré correr un camino
»que alumbrarán Luisa y Dios.
»Si aquí no te liga nada
»y hacer quieres tal jornada,
«parte á las doce, Fernando,
»que á la primer campanada
»te está Luisa esperando.»

MILLER. Oh! me espanta presumir
lo que dejas entrever. (Abrazándola.)
Hija, ¿adónde quieres ir?

LUISA. Padre, os lo voy á decir
pues que lo quereis saber.
Hay un sitio oscuro, estrecho,
á que aspiran con derecho
los que aquí son desgraciados:
en ese sitio hay un lecho,
un lecho de desposados.
En él duermen con decoro

las pasadas alegrías
del alma rico tesoro,
y encima, todos los dias,
tiende el sol su manto de oro.
Sobre ese lecho de amores
donde callan los dolores
que acompañan á la vida,
la primavera querida
derrama aromas y flores.
En él, como un santo escudo,
con dulce risa aunque mudo,
un genio se sienta en calma;
genio que recibe al alma
con cariñoso saludo.
La mano el alma le da,
y ya no suelta su mano
hasta que con Dios está,
que entónces ténue y liviano
como un suspiro se va.
Y bien, padre! ¿no os advierte
el aire que en torno zumba,
que ese genio mudo, inerte,
es el ángel de la muerte,
y que ese sitio es la tumba?

MILLER. Oh! qué idea maldecida!
tú soñando con el crímen?
Pues qué, ¿no sabes, mi vida,
que el pecado de suicida
ni áun los ángeles redimen?
¿Hay padre más desdichado?
Tú de ese crímen en pos!
No, Lucifer te han inspirado!
Ay, Luisa! Ese pecado
no tiene perdon de Dios!

LUISA. Huir de una sociedad
cruel, infame y maldíta,
es un pecado? Oh! callad.
Dios tendrá de mi piedad
en su bondad infinita.

MILLER. Ah, no, no; escucha, mi amor:
ten presente con horror
que vas á tu desventura;

porque olvidas al Creador
por amor á la criatura.
Á más, si tus desengaños
no te han puesto el pecho duro,
ya que no temas tus daños,
piensa en esos veinte años
que sueño en tu bien futuro.
Piensa bien, tú no harás tal;
medita mi amor, medita,
que estoy en la edad fatal
en que un padre necesita
del cariño filial.
Mírame bien, ¡soy anciano!
tengo ya el cabello cano,
estoy débil, moribundo:
¿qué será de mí en el mundo
si en él me falta tu mano?

LUISA. ¿Hay más penas que apurar,
Señor?

MILLER. (Desesperado.) Y aún está dudando?
Si no debes vacilar!
si amas más que á mí á Fernando,
claro, te debes matar.

LUISA. Oh! basta! sé lo que hacer.
(Mirando al cielo.)
Señor, pues que ves mi duelo,
ten piedad de esta mujer,
y hágase pues tu querer
en la tierra y en el cielo. (Rompe la carta)
Esta carta ya en retazos
pudo ser mi absolucion,
pudo volverme á sus brazos:
tomadla, padre, en pedazos
como está mi corazon..
Mas abreviad mi partida,
pues si aún otra vez lo veo...

MILLER. Ah, sí, sí; huyamos, mi vida,
donde quiera tu deseo.
(Aparece Fernando en el fondo.)

LUISA. (Da un grito.)
Ah! ya es tarde! estoy perdida!

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO.

MILLER. (*Escudando á su hija, y mirando á la puerta.*)
Oh! qué tienes? gran Dios!

FERN. (*Adelantándose con lentitud.*) Es su conciencia
que allá en los senos del temor dormia
y que se ha despertado á mi presencia.

MILLER. Ah baron, por piedad.

FERN. (*Sin atenderle.*) Sí, sí, algun dia
en pudorosa calma
aguardaba á su bien que le traia
con mi presencia la mitad del alma.
¿Por qué hoy con acento dolorido
la que amor me juró me ha recibido?
¿Es que acaso mi aspecto la contrista?
tiene miedo á mi voz, miedo á mi vista?

MILLER. Ah, baron, por piedad: si en vuestro pecho
el sacro fuego del cariño arde,
basta ya con el mal que me habeis hecho;
idos por compasion; que el cielo os guarde.

FERN. Oh! si tengo derecho
á anunciar una nueva venturosa:
¿cómo puede Luisa
mostrarse vacilante é indecisa,
para venir al templo y ser mi esposa?

MILLER. Os burlais, vive Dios?

FERN. Oh, no os asombre;
lo juro por mi honor y por mi nombre.
Lady Milford, queriendo mi fortuna,
ha pedido á su alteza que nos una:
y mi padre la apoya en tal manera,
que ya el gran duque en su capilla espera.
Á esta nueva feliz é inesperada,
¿no se alegra mi bella desposada?
¿Por qué á Dios no bendice de rodillas?
¡Oh, qué pálida está! ved sus mejillas.
¿Dudas de mis palabras? Necesito
justificarlas con algun escrito?
Pues bien; entónces, mira,

repara ese papel; dí que es mentira.
(Muestra la carta del Mariscal.)

LUISA. Jesús! (Se deja caer en un sillon.)

MILLER. Qué es esto?

FERN. Eso es un corazon de manifiesto.
No la veis como goza con su suerte?
Blanca y hermosa está como la muerte.
Oh! ¡Nunca así la ví! si en este instante
me parece que tiene su semblante
marchito y desflorado
como debe tenerlo el condenado
cuando se encuentra de su Dios delante!
Mírame, desdichada;
mírame bien, y arrostra esta mirada.

MILLER. Oh! qué es esto? Qué nuevo desvarío
os asalta, baron? aunque no os cuadre,
defenderla sabré, yo soy su padre.

FERN. Este asunto, apartad, es suyo y mio:
(Con dolorosa dulzura.)
quitaos de delante,
dejad que sangre el corazon destile,
y que este asunto oscuro se ventile
entre la fiel amada y el amante.
Has escrito esta carta? (Resuelto.)

MILLER. (Con asombro.) Oh! qué se esconde
detrás de esto?

FERN. Por Dios, vamos, responde:
es carta tuya esta?

MILLER. Es tuya? dí, mi bien?

FERN. Habla, contesta.
¿No ves que lo que sufro es infinito?

MILLER. Hija, dí la verdad.

LUISA. (Con acento ahogado.) Pues bien, la he escrito.

FERN. (Retrocede con espanto.)
Que la ha escrito? Impostura!
mientes; no puede ser. ¡Si en la tortura
más de una vez se acusa un desdichado
de aquello que no ha visto ni soñado!
Ayuda á mí razon que no penetra
en esa afirmacion. Ah, no blasones
de una mentira tal: falsa es tu letra.
¡Si no hay quien falsifique corazones!

¿Callas aún? Tu labio que enmudece
no tiene una mentira
para aliviar un alma que padece
y que en las garras de tu amor espira?
Habla, pues, de una vez; dí tu delito
ya que acaso mi angustia te recrea;
dí la verdad.

LUISA. (Vacilante.) Por duro que esto sea,
lo repito otra vez; sí, yo la he escrito.

FERN. (Se apoya en un sillon, llevándose una mano al pecho.)
Ah, basta! si supieras
lo que eras para mí! lo que tú eras!
Ay! si eras tú mi eternidad, mi gloria!
Y ahora te arrancaré de mi memoria!
y quedará el vacío
en este corazon ya sin historia;
¡corazon que fué tuyo más que mio!
Desdichado de mí!
(Se oculta el rostro llorando.)

MILLER. Sí, desdichado,
desdichado sin tasa.
Abandonad, baron, la pobre casa
en que el amor os hizo desgraciado.

FERN. Ah, sí, parto al momento;
dejad que aún haga de valor alarde!
Adios! Adios!

LUISA. (Sollozando.) Fernando!

FERN. (Vacilante.) Qué tormento!
Oh! qué siento, gran Dios! mi pecho se arde!
Aire! agua!

LUISA. (Acudiendo.) Jesús!

FERN. (Se deja caer en un sillon.)
No sé qué siento!

LUISA. Padre, acudid.
Baron! Qué sudor frio!
Vuestra piedad reclamo: (Á su padre.)
Socorredle, se muere; yo le amo,
y aún ese corazon es todo mio.
(Sale precipitadamente.)

ESCENA III.

FERNANDO, MILLER, limpiándole y dándole aire.

MILLER. (Despues de un momento, á Fernando, que vuelve.)
Vamos, baron, valor, calma;
¿qué se ha de hacer? Si así el cielo
lo dispone, ¿á qué cansarse?
Si esto no tiene remedio!
Luisa ha salido por agua;
vamos, valor. ¡Cuánto siento
veros sufrir!

FERN. Gracias, Miller!
No sabeis cuánto agradezco
vuestro interés: sois honrado,
y ademas de honrado bueno.
Miller, ¿no teneis más hijos
que Luisa?

MILLER. No, no tengo
más que á ella, que es mi vida,
mi único bien; y á tenerlos,
¿cómo los hubiera amado
si es de ella mi amor entero?

FERN. Me abraso, Miller, me abraso:
no sé qué tengo en el pecho.

MILLER. Perdonad que os deje solo
un instante; al punto vuelvo,
porque ya tarda Luisa
y ver por qué tarda quiero.

ESCENA IV.

FERNANDO, levantándose.

¿Lo oyes, corazon malvado?
cesa en tu infame consejo:
ya lo ves, el pobre viejo
no tiene otro bien amado.
Aunque tu acento dañado
devorando una idea fija
una venganza me exija,

ciega, sañuda, sin nombre,
no te oiré, porque ese hombre
no tiene más que una hija.
Á seguir tu voz aquí,
¿qué de ese anciano seria?
Dentro de poco estaria
desesperado ante mí.
No: no quiero verlo ahí
loco y con la vista fija:
no quiero que Dios me exija
cuenta de un crímen villano,
porque ese mísero anciano
no tiene más que una hija.
Qué bien hice en proferir
esa frase salvadora!
Y bien, Fernando, tú ahora,
¿qué debes hacer? Morir.
Sí! ¡si ella debe vivir!
Sí, esto es pensar con acierto!
Así á su pecho despierto
se asomará á cada instante
la sombra del pobre amante
que por su amor habrá muerto.
¿No es está mayor venganza?
¿No es castigo más impío?
¿Qué es vivir en el vacío?
¿Qué es vivir sin esperanza?
Ah! si á esta pena no alcanza
la muerte con su rigor!
Llevar por carga el dolor
y el remordimiento eterno!
Que viva! Qué más infierno
que una vida sin amor?

ESCENA V.

FERNANDO, MILLER.

MILLER. Vamos, ya viene Luisa,
vais al punto á estar servido:
mi pobre niña ¡hija mia!
entre llantos y suspiros,

por última vez acaso,
prepararos ha querido
no sé qué dulce bebida,
hecha por no sé qué estilo,
que en otros tiempos hacia
vuestra delicia.

FERN. (Oh suplicio!)

MILLER. Quizás la encontreis amarga
por el llanto que ha vertido!
Aquí está!

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

FERN. Mil gracias, Miller.
Gracias, Luisa!

LUISA. (Dejando el vaso sobre la mesa, y retirándose llorosa á un lado.)
Dios mio!

FERN. Miller, si no os molestase,
quisiera un favor pediros.

MILLER. Cuál?

FERN. Que fueseis á palacio
con toda urgencia; ahora mismo.

MILLER. Y qué?

FERN. Buscad á mi padre;
preguntad por Lady Milford,
y decidles que es precisa
su presencia en este sitio.

MILLER. Ahora?

FERN. Ahora.

MILLER. (Qué proyecta?)

LUISA. No pudierais, padre mio,
mandar á otro?

FERN. (La infame!
teme quedarse conmigo!)

MILLER. Si no tenemos criado,
¿á quién mando?

LUISA. No es más digno
que vaya yo?

MILLER. (Toma capa y sombrero.) Estás demente?

Sola y de noche? (Á Fernando.) La fio
á vuestro honor; vuelvo pronto.

FERN. Gracias, Miller; id tranquilo.
(Sale Miller por el fondo.)

ESCENA VII.

FERNANDO, LUISA.

Fernando saca un frasco y echa unas gotas en el vaso de agua. Luisa lo observa temblando.

FERN. Ya está todo terminado,
ya no hay tiempo, ya no hay horas
para mi.

LUISA. (Sollozando.) Ah!

FERN. Por qué lloras?

LUISA. Lloro por tí, desgraciado!

FERN. Mucho, sí; tienes razon;
desgraciado con exceso.
¿Por qué no pensaste en eso
ántes de hacerme traicion?

LUISA. Ay, Fernando! si supieras
mi dolor!

FERN. Por Belcebú!
¿tu dolor? ¡como si tú
alma ó corazon tuvieras!

LUISA. Por qué me ofendes así?
vendrá un tiempo, yo lo espero...

FERN. Sella ese labio embustero;
ya no hay tiempo para mí.
Ántes de que esa bujía
de alumbrar haya acabado,
verás que se habrá apagado
la luz de la vida mia.

LUISA. Vas á matarte?

FERN. Sí á fe;
mi muerte está en ese vaso.

LUISA. Ah, Fernando! en ese caso
donde tú vayas iré.

FERN. Cómo?

LUISA. Sí, nada te aflija,

¡si este mundo es lodo y cieno!
Si en ese vaso hay veneno,
yo lo guardo en mi sortija.

FERN. Cómo? qué dices?

LUISA. Sí á fe.

FERN. Á eso te atreves?

LUISA. (Resuelta y gozosa.) Me atrevo.
Qué es la muerte? Bebe y bebo;
lo mismo que hagas haré.

FERN. Oh! ¿tu razon no te apunta
que vas de un castigo en pos?

LUISA. No temas por mí, que Dios
responderá á esa pregunta.

FERN. Oh, Dios mio! Alza la frente:
oye y responde á mi anhelo.
¿Sabes que Dios cierra el cielo
á aquel que no es inocente?

LUISA. Sí, lo sé.

FERN. Luego traidora
no eres, Luisa, á mi amor?
(Estallando en alegría.)
Ah! no se miente, Señor,
en esta suprema hora.

LUISA. Oh! calla!

FERN. No; si presiento
que hay aquí una torpe intriga.
Te callas porque te liga
algun santo juramento.
Un juramento fatal
que Dios airado deshace,
cuando con miedo se hace
por culpa de un criminal.
Preso tu padre! Tú aquí!
sujeta tambien tu madre...
Te ha amenazado mi padre?
te ha visto Wurm?

LUISA. (Estremecida.) Ay de mí!

FERN. Tiemblas? aún pretendes fiel
no delatar á ese hombre?

LUISA. (Asustada.)
No; yo no he dicho...

FERN. (Interrumpiéndola vivamente.)

Á su nombre
te has estremecido. Es él!
Por él en rudas batallas
has luchado, y te ha vencido.
Por él venderme has fingido;
por él sufres, por él callas.
Por él torturas los dos
hemos estado pasando.
No ves, Luisa?...

LUISA. Ay Fernando!
(Arrojándose en sus brazos.)

FERN. No ves la mano de Dios?
pero silencio, álguien llega. (Rumor.)

LUISA. Su voz! (Con espanto.)

FERN. (Loco de gozo.) Él! yo desvarío!
gracias, mil gracias, Dios mio,
tu mano es quien me lo entrega.

LUISA. Fernando, ¿qué vas á hacer?
Díme qué intentas? qué ideas?

FERN. Vete; no quiero que veas
lo que aquí va á suceder.

LUISA. Jesús!

FERN. Ya que me es propicia
la suerte... (Conduciéndola.)

LUISA. Deja que abone...

FERN. Ruega á Dios que le perdone
si es digno de su justicia.
(Entra Luisa derecha.)

ESCENA VIII.

MILLER, FERNANDO, WURM.

MILLER. Entrad, señor Wurm.

WURM. (Ap.) (Gran Dios!
Él aquí?)

FERN. (Á Miller.) (Llegó el momento.)
Luisa está en ese aposento;
dejad que hablemos los dos.

MILLER. Bien; permitid que os detalle
lo que en mi encargo ha ocurrido:
despues de haberle cumplido

me encontré á Wurm en la calle.

WURM. Queriendo felicitar
á su esposa...

FERN. Ya! (Mirándole atentamente.)

WURM. Subí....
Mas pues vos estais aquí
permitidme retirar.

FERN. Señor Wurm, ¿por qué tal prisa?

WURM. Oh! mi respeto, señor...

FERN. Miller, hacedme el favor
de acompañar á Luisa.
(Entra Miller, y Fernando cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

FERNANDO, WURM.

WURM. (Qué es esto?) (Receloso.)

FERN. Pues que á Dios plugo
que arrostres mi enojo ardiente,
mira, ya están frente á frente
la víctima y el verdugo.

WURM. Víctima y verdugo?

FERN. Sí.

WURM. No os entiendo. (Turbado.)

FERN, Cómo no?
Siendo la víctima yo,
¿quién será el verdugo aquí?

WURM. Señor, tal acusacion
es injusta á lo que entiendo.

FERN. Ah, no! me lo está diciendo
á voces el corazon.
Mírame así, quieto, fijo,
sí, Wurm, aunque no te cuadre,
tú asesinaste á mi padre;
hoy has torturado al hijo.

WURM. (Trémulo.)
Yo, yo autor de tantos daños!...

FERN. No son aprensiones mias,
no, que igual rostro tenias
cierta noche, há veinte años.
Yo era niño, estaba allí;
no dormia, estaba en vela,

y hoy tu rostro me revela
la infamia que entónces ví.
Por mucho tiempo he dudado,
porque honrado te he creido:
mas hoy que me he convencido,
Wurm, de que no eres honrado;
hoy que en tu faz vil y aleve
tu delito se retrata,
te digo, «el que á hierro mata,
muere á hierro.» Toma, bebe. (Le da el veneno.)

WURM. Oh! ¿qué es eso?

FERN. Alma de cieno!
No lo adivinas, malvado?
mi padre fué envenenado;
muere igual: esto es veneno.

WURM. Veneno!

FERN. Sí: á tanto aspiro.

WURM. Por Dios!

FERN. Á rogar te atreves?
Toma, bebe: si no bebes
te voy á matar de un tiro. (Le apunta.)

WURM. Oh baron, tened piedad,
tened piedad de mi vida:
yo no he sido el homicida;
yo os contaré la verdad.

FERN. ¿Crees que ignoro quién esconde
la verdad?

WURM. Triste de mí!

FERN. Despues que termine aquí,
empezaré con el Conde.

WUDM. Me negais vuestro perdon?

FERN. ¿Lo mereces, miserable?
Bebe.

WURM. Señor, soy culpable:
tened de mí compasion. (Bebe.)
Evitarte ha sido en vano: (Mirando al cielo.)
yo me entrego á tu clemencia,
que espantada mi conciencia,
se pone bajo tu mano.
Me abraso... se va mi vida!
Dejad que os implore en calma!
Dios mio, qué harás del alma

del que ha sido fratricida?
Será horrible su tormento
á medirlo por el mio.
Suyo fué el crímen impío;
yo fuí sólo el instrumento.
Piedad, he sido cruel!
Oh! mi cerebro se arde!
Dios mio... (Muere.)

LUISA. (Saliendo espantada.) Perdon!

FERN. Ya es tarde:
ruega á los cielos por él. (Momento de pausa.)

ESCENA XI.

DICHOS, LADY MILFORD, el CONDE.

LADY. Baron... (Llamando á la puerta.)

FERN. (Corre á abrir.) Ah! doble expiacion!

CONDE. ¿Qué nos quieres?

FERN. (Tomándole por una mano.) Ved.

CONDE. Wurm muerto!)

FERN. Sí, sí, Wurm, que ha descubierto
vuestra alevosa traicion.

CONDE. Oh, suelta! (Queriendo huir.)

FERN. (Arrastrándole trás sí.)
No hay esperanza!

CONDE. (Aterrado y suplicante.)
Hijo! hijo!

FERN. Nombre vano!
La sombra de vuestro hermano
me está pidiendo venganza.

CONDE. Fernando, ¿serás capaz
de matarme?

FERN. (Entrándole en una habitacion.)
Sí, malvado!

LADY y LUISA. (Con terror mirando dentro.)
Jesús! (Suena un tiro.)

ESCENA XII.

DICHOS, FERNANDO, procurando serenarse.

FERN. (Mirando al cielo.)

Padre, estás vengado;
ya puedes dormir en paz.

LUISA. Lady! (Suplicante.)

LADY. (Á Fernando.) Huid.

FERN. (Sacudiendo su estupor.) Confio en vos.

LADY. Si; yo amparo vuesta huida.

LUISA. (Besándola la mano.)
Oh! gracias!

FERN. (Estrechando la mano á Lady
Ya está cumplida
la alta justicia de Dios!

FIN DEL DRAMA.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
ıo se guisa un conejo....	1	Todo.
a canta...............	1	Id.
ı mochuelo á su olivo...	1	Id.
ıoche todos los gatos son ırdos................	1	Id.
·e Pinto y Valdemoro...	1	Id.
›n el siglo............	1	Id.
nar!.................	1	Id.
anónimos............	1	Id.
·ruz de beneficencia.....	1	Id.
›at Mater.............	1	Id.
›rita, el general........	1	Id.
›ecreto entre mujeres....	1	Id.
nfo de la esperanza,,...	2	Id.
onceller y el monarca...	3	Id.
3eltraneja.............	3	Mitad.
·o el sordo............	3	Todo.
›acífico ó el Dómine irre- ·luto. (Zarzuela.)........	1	L. y M.
El aire de una mujer.......	1	L. y M.
El hombre es débil.........	1	Id. Id.
Flor de Aragon...........	1	Id. Id.
La Correspondencia de España....................	1	Id. Id.
=Tocar el violon...........	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!.......	2	Id.
Travesuras amorosas.......	2	L. y M.
=Perla. (Zarzuela.)..........	1	Música.
Como llovido del cielo......	3	L. y M.
La perla. (Zarzuela.).......	3	Id. Id.
La internacional...........	1	Todo.
1871-1872, revista.......	1	Id.
La sota de espadas.........	3	L. y M.
Desde el tendido..........	1	Todo.
Necesito un hombre........	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.

PUNTOS DE VENTA.

PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É GO, y en las principales librerías.

MADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA ZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. , calle del Cármen.

